“Otro Evangelio”

por Greg Deuble

“***Another Gospel***” (Otro Evangelio) es el ***capítulo 8*** del libro “***They Never Told Me This in Church!***” (“¡Nunca me dijeron esto en la iglesia!”)

Todas las citas Bíblicas en este estudio fueron tomadas de la versión Reina Valera Actualizada 1989 (RVA), salvo que se indique lo contrario.

Traducción (Translation): Fernando Coutinho Sánchez,
Machalí, Chile. Noviembre de 2023

“***Estoy asombrado de que tan pronto os estéis apartando del que os llamó por la gracia de Cristo, para ir tras un evangelio diferente***”
(***Gálatas 1:6***).

En su “*Honest to Jesus*” (Honesto con Jesús), *Robert Funk* cuenta la historia de un hombre que juega a “trae la pelota” con su perro. De vez en cuando finge lanzar la pelota y luego, mientras el perro mira hacia otro lado, realmente la lanza. Como el perro no se ha dado cuenta de este engaño, se sienta pacientemente a los pies de su amo y espera. Su maestro señala en dirección a la pelota. El perro, sin entender el significado de ese gesto, ladra al dedo que señala. Luego *Funk* aplica la historia a la Iglesia. Dice que los seguidores posteriores de Jesús son como ese perro: Jesús señala algún horizonte en sus parábolas, algún allá fabuloso, algo que él llamó el estado (o Reino) de Dios, que él ve pero que el resto de nosotros estamos ciegos. Como perros, ladramos al dedo que nos señala, ajenos a la impresionante escena detrás de nosotros. Todo lo que tenemos que hacer es darnos la vuelta y mirar hacia donde señala. El movimiento de Jesús, la Iglesia del Nuevo Testamento (NT), intercambió muy pronto la visión. No pudieron aferrarse a la visión resumida en las parábolas de Jesús y otros vehículos verbales, y perdieron su historia. No sabían cómo celebrar la visión de Jesús del Reino de Dios. **[1]**

Yo también era como ese perro que ladraba en la dirección equivocada. Si alguien sabía lo que era predicar el Evangelio, creía que yo sí. Nacido y criado en una sólida tradición evangélica de las Iglesias de Cristo, a los 12 años fui al frente de una reunión de la iglesia y confesé a Cristo como mi “Señor y Salvador personal” y fui bautizado por inmersión total. Me senté bajo la supervisión de varios evangelistas australianos y estadounidenses de primer nivel durante mi adolescencia y los escuché explicar el Evangelio a los “no salvos”. Luego fui a la Universidad Bíblica en Sídney durante cuatro años y después de graduarme pasé más de una década predicando el Evangelio no sólo como pastor en iglesias locales, sino también como evangelista en toda Australia (excepto en el estado de Australia Occidental). “Prediqué el evangelio” en todo tipo de reuniones y entornos, desde la predicación callejera al aire libre hasta grandes cruzadas combinadas en toda la ciudad, pasando por visitas individuales a las puertas de las casas, convenciones de jóvenes, desayunos de hombres de negocios y reuniones de señoras. mañanas de café, programas de radio e incluso en el extranjero. Ayudé a cientos de personas a tener una fe personal en Cristo a una edad bastante temprana. Sí, conocía el Evangelio. Podría presentar las “Cuatro Leyes Espirituales”, y si quisieras

---

[1] *Robert Funk*, “*Honest To Jesus: Jesus for a New Millennium*” (Honesto para Jesús: Jesús para un nuevo milenio), pág. 10.

convertirte en miembro de las Iglesias de Cristo, ¡también conocía la versión más larga de los “Cinco Dedos”!

La siguiente cita de un tratado evangélico de Billy Graham era típica de mi enfoque bien practicado:

> “Si lees las epístolas de Pablo, te darás cuenta de que el mensaje se centra en tres cosas: la muerte, la sepultura y la muerte. mensaje se centra en tres cosas: la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo. En lo que respecta a Pablo, Cristo Jesús vino a hacer el trabajo de tres días: que el trabajo fue comenzó cuando fue clavado en la cruz y se terminó cuando Dios lo resucitó de entre los muertos. Pablo nunca habló de la vida terrenal de nuestro Señor -su bautismo, su bautismo, su tentación, sus milagros, sus enseñanzas ni siquiera sus sufrimientos en el huerto de Getsemaní. Esto concuerda en consonancia con el resto del Nuevo Testamento, pues debemos recordar que Cristo no vino principalmente a predicar el Evangelio (aunque sí anunció la liberación del prisionero), sino que vino más bien para que hubiera un Evangelio que predicar. Este evangelio fue ganado y hecho realidad por su obra en la cruz. Debemos recordar que Jesucristo había vivido el Sermón de la Montaña durante 30 años antes de predicarlo. Sus enseñanzas y su vida sin pecado nunca cambiaron una vida ni liberaron a una persona de la vida de pecado. Solo su muerte en la cruz pudo hacerlo”. **[2]**

Sí, señor. Yo habría dado mi más sincero “Amén” a esa versión del Evangelio. ¿No nos dijo el apóstol Pablo que Jesús esencialmente “vino a hacer el trabajo de tres días”? ¿No estaba de acuerdo Pablo en que el mensaje del Evangelio “se centra en tres cosas, la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo”? Pues escribe:

> *Porque en primer lugar os he enseñado lo que también recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras…* (1 Corintios 15:3, 4)

Un día, sin embargo, me di cuenta de que esta definición clásica del Evangelio no dice lo que a la mayoría de nosotros nos han enseñado que dice. Literalmente Pablo escribió esto: “*Porque **en primer lugar** os he enseñado lo que también recibí*”. Aunque la muerte, sepultura y resurrección de Jesús son cruciales e integrales para el Evangelio, no son todo el Evangelio. Son verdades *entre otras* (*en protois*) que constituyen el Evangelio. Nos preguntamos, naturalmente, ¿cuáles son las otras cosas de primera importancia en el Evangelio? Más críticamente, debemos preguntarnos si es posible que el Evangelio que Pablo predicó haya sido (sin que nos demos cuenta) cambiado por “*un evangelio diferente*” (*Gálatas 1:6, 7*), un evangelio agotado. En este capítulo muestro que, al igual que el cuco que echa del nido los huevos legítimos para sustituirlos por los suyos – que crecen hasta convertirse en un monstruo mucho mayor que los dueños originales del nido – el evangelio evangélico moderno es un impostor que ha sustituido el Evangelio tal como se predicó originalmente por una caricatura. Veremos que cuando el “cristianismo ortodoxo” codificó sus convicciones en sus primeros credos “las afirmaciones sobre el Cristo fueron cercadas de la información sobre Jesús de Nazaret. El Credo de los Apóstoles implicaba que no había nada digno de mención entre la concepción milagrosa de Jesús y su muerte en la cruz. El credo dejaba un espacio en blanco donde debería haber venido Jesús”. **[3]** Observaremos una vez más cómo el helenismo reinterpretó el Evangelio de Jesús para servicio del programa eclesiástico de la Iglesia.

Seguramente, si queremos entender el Evangelio correctamente, un buen lugar para comenzar sería con el mismo Señor Jesús. Con razón se le llama el pionero, el inaugurador de la fe cristiana (*Hebreos 12:2*).

---

[2] *Roy Gustafson*, “*What Is the Gospel?*” (O que é o Evangelho?) Associação Evangélica Billy Graham, 1980.

[3] Robert Funk, “*Honest To Jesus*” (Honesto para Jesús), Pág 303

Las Escrituras insisten en que nuestra gran salvación “***al principio fue declarada por el Señor**, nos **fue confirmada** por medio de los que oyeron*” (*Hebreos 2:3*). Jesús fue el primer predicador del Evangelio (¡no Pedro ni Pablo, quienes posteriormente “confirmaron” el mensaje!), ¡así que seguramente definirá para nosotros su Evangelio! Y si queremos entender correctamente a Jesús de Nazaret y su Evangelio, debemos ubicarlo dentro del mundo judío de Palestina en el primer siglo. Porque todo lo que dijera e hiciera tenía que tener sentido (incluso si fuera o sea perturbador) dentro de ese contexto cultural. A menudo se dice que el cristianismo se basa en una persona: el cristianismo es “Cristo en ti”; su esencia es una “relación personal” con Cristo mismo. Esto es cierto. Pero es sólo una peligrosa verdad a medias. Porque si queremos entender a Jesús como persona y su misión, debemos preguntarnos: *¿Sobre qué se fundó la persona?* ¿Qué fue lo que Jesús vio y sintió que fue tan encantador, tan fascinante, tan desafiante que lo mantuvo hechizado?

“La respuesta es que se fundó sobre una idea, una idea extraña y corriente entre los judíos de su tiempo, una idea ajena al pensamiento occidental que muchos teólogos no judíos todavía encuentran muy inconveniente: la idea del mesianismo. Fue el mesianismo el que hizo que la vida de Jesús fuera lo que era y así dio origen al cristianismo”. **[4]** La convicción última sobre la que descansa todo el edificio del cristianismo es que en Jesús ha venido el Mesías. Esta enseñanza era el Evangelio subyacente a todos los evangelios, la Buena Nueva de que se estaba anunciando el rey de Israel y su Reino. El cristianismo habla de labios para afuera sobre el hecho fundamental de que Jesús era este Mesías, cuyo advenimiento cumplió todas las antiguas profecías, pero singularmente no se concentra en cómo entender a este Mesías y su Evangelio y, por lo tanto, cómo llegar a conocerlo. Se afirma el mesianismo de Jesús, y luego rápidamente se elude para revelarlo en una luz más acorde con los conceptos helénicos que judíos. **[5]** Al desenvolver el Evangelio del Reino que Jesús enseñó no debemos cometer el mismo error. Empezamos por el principio.

Al comienzo de su ministerio se nos dice que: “*Jesús vino a Galilea predicando **el evangelio de Dios**, y diciendo: "El tiempo se ha cumplido, y **el reino de Dios** se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!"*” (*Marcos 1:14, 15*; también *Mateo 4:17-23*). Para algunos de nosotros con un trasfondo evangélico “tradicional”, ¡es extraño pensar que Jesús predicó el Evangelio! Creemos que los apóstoles fueron los primeros predicadores del Evangelio después de Pentecostés. Después de todo, ¿qué evangelio había que predicar *antes* de la crucifixión, la sepultura y la resurrección? Pero Marcos nos dice que Jesús vino predicando “el Evangelio de Dios” al comienzo de su ministerio en Galilea. Este fue su manifiesto de apertura: “Arrepiéntanse y crean en el Evangelio”.

De principio a fin, Jesús enfatizó constantemente un tema: el Reino prometido de Dios. Comprender lo que Jesús quiso decir con “el Reino de Dios” es la clave para comprender su misión, el propósito que Dios le dio, su *raison d’etre*. Entender lo que Jesús quiso decir con el Reino de Dios es entender al Jesús real. Perder lo que Jesús quiso decir con el Reino de Dios es perder a Jesús por completo. Porque Jesús definió el Evangelio como el Evangelio del Reino. Todos los demás marcos de referencia en nuestra comprensión de su misión y mensaje surgen de esta frase clave: “el Reino de Dios”. No debemos pasar por alto este *locus classicus*. Pasar por alto la predicación de Jesús del Evangelio del Reino sería divorciar fatalmente a Jesús de su propio mensaje y contexto.

Es axiomático que Jesús creía que el Dios de Israel, Jehová, era su Dios y Padre. Creía que él era el Ungido de Dios y que estaba destinado a gobernar el Reino de Dios venidero. Que él era hijo de David y tenía sangre de reyes en sus venas. “En ese Mesías se refiere a aquel a quien Dios unge, o delega, para gobernar el reino de Dios (ver *Salmo 2; Marcos 15:32*), todo lo que Jesús hace desde su bautismo en adelante está inmerso en la anticipación profética de la venida del Reino. de Dios”. **[6]** Al anunciar el

---

[4] *Hugh Schonfield*, “*The Passover Plot*” (El complot de Pascua), págs. 22-23.

[5] *Ibidem*, pág. 39.

[6] *Robert Hach*, “*Possession and Persuasion*” (Posesión y persuasión), pág. 127.

Evangelio del Reino, Jesús se anuncia a sí mismo como el Mesías designado. Se creía que con él había llegado el momento más dramático de toda la historia. Había llegado el momento de que la gente se preparara urgentemente para la llegada de ese Reino. Para la gente corriente de esa cultura esto sólo podía significar una cosa: Israel por fin iba a ser redimido, rescatado de la opresión. *N.T. Wright* observa correctamente:

> El “Reino” de Dios no era un estado mental ni una sensación de paz interior. Fue concreto, histórico, real. Los cristianos occidentales del siglo XX necesitan deshacerse de algunas ideas en este momento. Cuando la gente dejó las herramientas por un tiempo y subió la ladera para escuchar a Jesús hablar, podemos estar seguros de que no iban a escuchar a alguien decirles que fueran amables unos con otros; o que si se comportaban bien (o entendían el esquema teológico correcto) habría un futuro color de rosa esperándolos cuando llegaran al “cielo”; o que Dios había decidido por fin hacer algo para perdonarlos por sus pecados. Los judíos del siglo I sabían que debían ser amables unos con otros. En la medida en que pensaban en la vida después de la muerte, creían que su Dios cuidaría de ellos y eventualmente les daría nuevos cuerpos físicos en su mundo renovado. (La frase “Reino de los Cielos”, que encontramos en el Evangelio de Mateo, *no* significa un lugar del Reino llamado “cielo”. Es una manera reverente de decir “el *Reino* de Dios”).
>
> No hay señales de que los judíos del primer siglo anduvieran tristemente preguntándose cómo iban a ser perdonados sus pecados. Tenían el Templo y el sistema de sacrificios, que se encargaba de todo eso. Si Jesús hubiera dicho sólo lo que muchos cristianos occidentales parecen pensar que dijo, habría sido simplemente un gran bostezante. Lo que en realidad dijo fue tan revolucionario que despertó a todos. Fue tan dramático que Jesús parece haber adoptado una política deliberada de permanecer en las aldeas, avanzando siempre rápidamente, sin llegar nunca a las grandes ciudades galileas como Séforis, justo encima de la colina de Nazaret, o Tiberíades, junto al mar de Galilea, justo al sur de Magdala. **[7]**

La Buena Nueva – es decir, el Evangelio del Reino – que Israel estaba esperando era que la liberación mesiánica era inminente. Decir que “el Reino de Dios está cerca” era para esa gente una manera de decir que César, su delegado Poncio Pilato y Herodes no deberían controlar al pueblo de Dios. Estaba anunciando que Dios mismo intervendría a través de sus delegados designados, el Mesías con sus santos. “Ningún rey sino Dios” fue el lema revolucionario del día. Por lo tanto, la palabra “Evangelio” tenía un significado mesiánico y político muy claro. Anunciar que el Reino estaba “cerca” significaba que el Rey de Israel estaba aquí y el Reino estaba por llegar. La nación de Israel estaba de puntillas ante la anticipación que se había acumulado a lo largo de muchas generaciones. Cada año la esperanza mesiánica se hacía sentir más vivamente. De hecho, cada sábado en cada sinagoga del mundo judío de la generación de Jesús, ofrecían la oración: “*Pronto haz florecer la descendencia de David, tu siervo, y enaltezca su poder con tu salvación, porque nosotros esperamos tu salvación todo el día. Bendito eres tú, oh, Señor, que haces florecer el cuerno de la salvación*” (Bendición 15).

Como un refugiado entre las naciones del mundo, Israel pronto sería liberado. La palabra profética no podía dejar de cumplirse. La mayoría de los israelitas del siglo I creían que era la hora undécima. Y ciertamente no era un reino en las nubes lo que anhelaban. Fue el reinado de Dios sobre una tierra perfeccionada, en un momento definido de la historia, bajo el Señor Mesías.

---

[7] *N.T. Wright*, “*Who Was Jesus?*” (¿Quién fue Jesús?) págs. 97-98.

Hugh Schonfield señala que en el año 35 d.C. César hizo una proclamación pública en todo el imperio indicando su dominio sobre sus súbditos; para todos los ciudadanos del imperio, este era el año de “señorío” aceptable para César. Pero, por el contrario, Jesús proclama en la sinagoga ese mismo año que, por ser él el Mesías, es en verdad “el año agradable del Señor”. (Incluso si no estamos de acuerdo con la cronología de *Schonfield*, el punto sigue siendo culturalmente válido). La proclamación del Evangelio de Jesús fue una medida sediciosa:

> El mesianismo representaba la convicción de que el orden mundial existente pronto sería derrocado. El imperio gobernado por César y sus legiones desaparecería, y en su lugar estaría el Reino de Dios gobernado por el Mesías y su pueblo. El cristianismo identificó al Mesías con Jesús. Había “otro rey”, otro emperador, a quien se transfirió la lealtad. **[8]**

El hecho de que Jesús finalmente fuera crucificado y sepultado no significó que César estuviera tranquilo. Incluso en el año 70 d.C., cuando las legiones romanas finalmente traspasaron los muros de Jerusalén, Vespasiano ordenó que se buscara y ejecutara a toda la familia de David para que no quedara nadie del linaje real davídico. Eusebio también menciona que los emperadores *Domiciano* (96 d.C.) y *Trajano* (120 d.C.) persiguieron sin piedad a los judíos de ascendencia davídica. **[9]**

De modo que para oídos judíos la expresión “el Reino de Dios” tenía una enorme connotación (nacional). Su Biblia hebrea contenía el tema recurrente de que Dios iba a enviar al Mesías como su agente para provocar el fin del mundo tal como está actualmente e introducir un orden mundial completamente nuevo. El gobierno de esa época estaría sobre su hombro (*Isaías 9:6*). Este Mesías iba a ser el hijo de David. (El título “hijo de David” se usa para Jesús al menos 14 veces en los evangelios y significa que afirmó ser el rey legítimo de Israel). Significaba que se sentaría en el trono de David en una nueva Jerusalén. Los enemigos del pueblo de Dios serían juzgados. La verdad y la justicia cubrirían la tierra. Todas las naciones de la tierra serían bendecidas por el estatus exaltado de Israel. Incluso el orden natural se transformaría por completo, hasta el punto de que los animales peligrosos ya no cazarían ni destrozarían, y los niños pequeños podrían jugar con ellos ilesos; el desierto florecería (*Isaías 11:6-9*). En resumen, la gloria de Dios, a través del Mesías y su pueblo cubriría la tierra como las aguas cubren el mar:

> La misión mesiánica de Jesús tuvo como objetivo la preparación de los hombres para el futuro Reino de Dios. Jesús esperaba constantemente la venida del Reino escatológico cuando el juicio final efectuaría una separación de los hombres, los justos entrarían en la vida y las bendiciones del Reino, y los impíos en la condena del castigo. **[10]**

Jesús de Nazaret se vio a sí mismo como el agente designado por Dios, el Mesías. Él conocía su destino. Él era el Hijo de Dios que iba a cumplir todas estas promesas que Dios había dado a los profetas. Como se señaló anteriormente, tendemos a nublar un poco las cosas al llamarlo Jesucristo. Pero hay que recordar que Cristo no es un nombre propio, sino un título. Es más correcto hablar no de Jesucristo, sino de Jesús *el* Cristo. Llamar a Jesús el Cristo es darle el título de Mesías. Para un judío, llamar a alguien Cristo, el Mesías, era asignarle a esa persona un papel tanto político como teológico. Jesús pertenecía a un mundo donde la teología y la política iban de la mano. La teología era la del monoteísmo judío. Pero no cualquier monoteísmo abstracto acerca de que hay un solo Dios. Los judíos creían que *su* Dios YHWH (Yahweh/Jehová) era el único Dios, y que todos los demás “dioses” eran ídolos, ya fueran creaciones

---

[8] *Hugh Schonfield*, “*The Passover Plot*” (El complot de Pascua), pág. 226

[9] Eccl. Hist. III, xii, xix-xx, xxxii, 3-4.

[10] *G.E. Ladd*, “*A Theology of the New Testament*” (Una Teología del Nuevo Testamento), pág. 181.

concretas de manos humanas o creaciones abstractas de mentes humanas. Jesús compartió esta creencia de que el Dios de Israel era el único Dios verdadero. Este Dios era su Padre. Así, el monoteísmo judío iba de la mano con la doctrina de la “elección”. Creían que eran el “pueblo elegido” de este único Dios verdadero, destinado bajo el Mesías de Dios a entrar en su Reino cuando llegara. Ésta es y fue la esencia del evangelio cristiano.

Proclamar a Jesús como el Mesías del Señor era tan bueno como proclamarlo rey. Cuando Andrés encuentra a su hermano Simón, le anuncia: “*Hemos encontrado **al Mesías**... Rabí, tú eres **el Hijo de Dios**, tú eres **el rey de Israel***” (*Juan 1:41, 49*). Marta confiesa: “*Yo he creído que tú eres **el Cristo, el Hijo de Dios***” (*Juan 11:27*). El sumo sacerdote interroga a Jesús: “*¡Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si tú eres **el Cristo, el Hijo de Dios**! Jesús le dijo: Tú lo has dicho. Además, os digo: De aquí en adelante veréis al **Hijo del Hombre** sentado a la diestra del Poder, y viniendo en las nubes del cielo*” (*Mateo 26:63, 64*). Los soldados se burlaron de Jesús, “*¡Viva el rey de los judíos! Y le daban de bofetadas... Los judíos le respondieron... Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley él debe morir, porque se hizo a sí mismo **Hijo de Dios***” (*Juan 19:3, 7*). Cuando estaba colgado en la cruz, la burla era: “*¡Que **el Cristo, el rey de Israel**, descienda ahora de la cruz para que veamos y creamos!*” (*Marcos 15:32*). Estos textos podrían multiplicarse muchas veces. Todos prueban que los términos Mesías, Hijo de Dios, hijo del Hombre y rey son sinónimos. Este uso está estrictamente de acuerdo con el trasfondo del AT, especialmente lugares como el *Salmo 2*, que usa las descripciones “**Mi Hijo**”, “Mi rey” y “**Mesías**” indistintamente para el salvador prometido que está por venir: “*los gobernantes consultan unidos contra Jehovah y **su ungido*** [Mesías]...” *“¡Yo he instalado a **mi rey** en Sion, mi monte santo!*”... “*Tú eres **mi hijo**; yo te engendré hoy*.” (*Salmo 2:2, 6, 7*). Se puede ver que en el NT los títulos para Jesús ya existían en la Biblia hebrea:

Mesías = el Hijo de Dios = el Hijo del Hombre = el rey de Israel

Es un hecho incontrovertible que, durante los tres siglos anteriores a Agustín, el Reino fue visto de esta manera. Era un Reino totalmente *escatológico*. (Recuerde que la palabra *escatológico* proviene de una palabra griega que significa el estudio de los últimos tiempos.) El Reino fue visto como la irrupción de Dios a través de Cristo al final de esta era presente, cuando los muertos “en Cristo” serían resucitados a vida nuevamente, y la tierra volvería a experimentar las condiciones del jardín del Edén. El Mesías se sentaría en el trono de David y su sede estaría en una nueva Jerusalén. Hay un famoso intercambio entre un tipo llamado Trifón y Justino Mártir que resalta el aspecto político del Evangelio. Funciona así:

Trifón: ¿Realmente admites que este lugar, Jerusalén, será reconstruido? ¿Y esperas que tu pueblo se reúna y se alegre con Cristo y los patriarcas...?

Justino: Yo y muchos otros somos de esa opinión, y creemos que esto sucederá, como seguramente sabes... Además, te señalé que algunos que se llaman cristianos, pero son impíos, herejes impíos, enseñan doctrinas que son en todos los sentidos blasfemos, ateos y tontos... Elijo seguir no a hombres ni a sus enseñanzas, sino a Dios y las doctrinas impartidas por Él. Porque si habéis caído con algunos que se llaman cristianos, pero que no admiten la verdad de la resurrección... que dicen que no hay resurrección de los muertos, y que sus almas cuando mueren son llevadas al cielo, no Imagínense que son cristianos... Pero yo y otros que somos cristianos rectos en todos los puntos estamos seguros de que habrá una resurrección de los muertos, y mil años en Jerusalén, la cual luego será edificada, adornada y ampliada, como declaran los profetas Ezequiel, Isaías y otros... Hemos percibido, además, que la expresión “el Día del Señor” está relacionada con este tema. Y, además, estaba con nosotros un hombre que se llamaba Juan, uno de los apóstoles de Cristo, el cual profetizó por revelación que le fue hecha, que los que creyeran en nuestro Cristo habitarían mil años en

> Jerusalén; y que después se produciría la resurrección general y eterna de todos los hombres. **[11]**

Los primeros cristianos creían que el “Evangelio del Reino” se relacionaba con este glorioso futuro reinado de Dios en la tierra, a través de su Mesías designado. Los cristianos creían que Dios había destinado que “*reinaran sobre la tierra*” con el Mesías (*Apocalipsis 5:10*). Todos los que se unieran a Jesús en arrepentimiento y fe serían la élite del orden mundial final, con derecho a los más altos honores debido a su lealtad a él en este mundo presente. Para los primeros cristianos, el evangelio de la “salvación” se relacionaba con la realidad del futuro prometido por Dios de una tierra renovada. “Ser salvo” significaba ser preservado en el día del juicio mesiánico y tener derecho a reinar con el Mesías en su reino terrestre (terrenal). A los creyentes gentiles se les aseguraron los mismos privilegios que a los creyentes judíos y heredarían con ellos las mismas promesas hechas originalmente a Abraham y a Israel. En un momento exploraremos más a fondo este pensamiento. Por el momento basta decir que los apóstoles y la primera generación de cristianos esperaban firmemente que el Reino de Cristo se estableciera públicamente durante su vida. Pero a medida que su Señor retrasó su venida, y como cada generación sucesiva no vio materializada esta esperanza, la esperanza del futuro Reino terrestre comenzó a desvanecerse. La Iglesia cambió su esperanza futura del Reino de Dios que Jesús predicó en los últimos tiempos por la creencia de que la Iglesia *misma* ya era de hecho el Reino de Dios en la tierra. El evangelio de Jesús del Reino escatológico de Dios fue reemplazado por un evangelio post-apostólico del reino *eclesiástico* de Dios. Para la corriente principal del cristianismo, la Iglesia se convirtió en el reino: ¡desde Agustín en adelante, se convirtió en el dogma oficial de la iglesia que el reino ya había *llegado*! La salvación ya no se recibiría cuando Cristo regresara. La salvación sólo se puede encontrar en el sacerdocio y los programas de la Iglesia. El Reino ya no estaba sin; estaba “dentro del corazón”. La salvación ya no estaba ligada a la redención de Dios en la historia futura; ahora era una percepción espiritual interna, mantenida bajo custodia y administrada únicamente por la “Iglesia”.

Una dificultad obvia para defender la interpretación dominante de que el Reino es la Iglesia y se limita a lo que hay dentro (espiritual y personal) es que se eliminan los elementos apocalípticos y cósmicos en la visión de Jesús del Reino venidero. La esperanza de los apóstoles de la resurrección de la tumba cuando Cristo regrese cuando establezca su Reino mediante una intervención espectacular ha sido reemplazada por el evangelio platónico del cielo para el alma cuando muera. Esta interpretación no apocalíptica y no escatológica del Reino (el Reino es principalmente una experiencia religiosa personal de la presencia del Rey Jesús gobernando en el corazón del individuo) omite dos elementos clave en el Evangelio de Jesús. En primer lugar, como hemos visto, descarta *el contexto histórico hebreo en el que Jesús impartió todas sus enseñanzas*. Los teólogos llaman a esto *Sitz im Leben*, el escenario de la vida real de Jesús. “Está claro, nuevamente por Josefo y otros lugares, que la idea de que Dios se convirtiera en Rey no se trataba de un conjunto interno de ideales, un 'Reino' invisible a simple vista, sino que transformaba silenciosamente las motivaciones internas de las personas. Se trataba del esperado cambio dramático en la suerte de Israel”. **[12]**

En segundo lugar, ignora por completo el *elemento apocalíptico* de la predicación de Jesús sobre el Reino venidero. Ignora el clímax cataclísmicos y cósmico que pondrá fin al actual orden mundial. Ha habido muchos comentaristas que nos quieren hacer creer que cuando Jesús predicó el Evangelio del Reino nos estaba dando simplemente la cáscara. El mensaje "real" es el núcleo "espiritual" escondido dentro de esa cáscara hebrea. Para llegar al verdadero mensaje de Jesús tenemos que abrir esa cápsula judía inútil y anticuada antes de poder tragar la saludable vitamina del Evangelio. Este planteamiento relega el anuncio del Reino por parte de Jesús a una "ética provisional", sólo relevante en aquella época. Afortunadamente, algunos estudiosos contemporáneos han superado esta visión "espiritualizadora" del Reino. Reconocen con

---

[11] “*Dialogue with Trypho*” (Dialogo con Trifón).

[12] *N.T. Wright*, “*Who Was Jesus?*” (¿Quién fue Jesús?) pág. 56.

razón que, si arrancamos al Jesús judío de su marco histórico, corremos el riesgo de crear "otro Jesús" y de presentar “*un evangelio diferente*” (*2 Corintios 11:4*). Algunos estudiosos recientes reconocen, afortunadamente, que el Evangelio del Reino de Jesús no puede ser desarraigado de su suelo original del siglo I. Para los hebreos, la esperanza profética esperaba que el Reino de Dios surgiera de la historia y en la historia al final de esta presente era malvada. Jesús nunca hizo de su Evangelio un asunto puramente interior y privado. Lo mantuvo en línea con esta rica herencia hebrea. Jesús no se desvió de la esperanza terrenal centrada en un descendiente de David gobernando el mundo desde Jerusalén, supervisando una sociedad redimida de la maldición de todo mal. Los judíos del siglo I que conocían a los profetas hebreos lo comprendieron muy bien. El cristianismo apostólico primitivo, fundado en el Evangelio del Reino de Jesús, también lo comprendió. El eclesiastismo posterior al servicio de sus propios fines lo cambió convenientemente.

Hay una necesidad crítica de restaurar la fe que una vez para siempre fue entregada a los santos (Judas 3). Si no se restablece el mensaje del Evangelio en su propio entorno hebreo nativo, se garantizará la confusión permanente que ha existido desde que la Iglesia perdió su creencia en el Evangelio del Reino tal como Jesús lo predicó. La llamada a “aceptar a Jesús" como "Señor y Salvador personal" no debe separarse de la creencia en su predicación del Evangelio del Reino. *Jesús hizo de la comprensión inteligente de su mensaje del Reino la condición indispensable para la salvación*. Dijo que “*Cuando alguien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebata lo que fue sembrado en su corazón*” (*Mateo 13:19*). Negarse a creer este mensaje del Reino y arrepentirse es perderse su Buena Nueva, pues anunció que no oír y ver “el misterio del Reino de Dios” tendría la desastrosa consecuencia de no ser perdonado (ver *Marcos 4:11, 12*). El arrepentimiento es, pues, una reorientación completa de la propia visión del mundo. El arrepentimiento implica una comprensión del mensaje de Jesús con un compromiso de corazón con su ideal del Reino. *Sin creer en su mensaje y comprometerse con su visión del Reino, no puede haber perdón ni salvación*. “Recibir a Cristo” es creer que, mediante su muerte, sepultura y resurrección, tenemos asegurada la entrada en la vida de la era mesiánica venidera. “Nacer de nuevo” es “ver el Reino de Dios”, es decir, primero comprender el plan del Reino y finalmente entrar en la Vida de la Era Venidera (*Juan 3:3*).

El fundamento del Evangelio de Jesús se centra en el anuncio del Reino mesiánico. Un Evangelio sin Reino es un Evangelio sin el Jesús de la Biblia, pues el Jesús auténtico equipara claramente la salvación con la recepción de su palabra del Reino. Es este mensaje del Reino el que lleva la energía vivificadora de Dios, la semilla, según el propio Jesús (*Mateo 13:19; Lucas 8:11*). Creer la palabra del Reino es recibir su semilla en nuestras almas. Esto es “*nacer según el Espíritu*”, que es nacer “*por medio de la promesa*” (*Gálatas 4:22, 23, 28, 29*). Oír “*la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación*” es ser “*sellados con el Espíritu Santo que había sido prometido*” (*Efesios 1:13*). El apóstol Pedro equipara la salvación con haber “*nacido de nuevo*” por medio de recibir “*la palabra de Dios que vive y permanece*”, que es “*la palabra del evangelio que os ha sido anunciada*” (*1 Pedro 1:23-25*). Cuando juntamos estos versículos obtenemos la ecuación:

> **El Evangelio del Reino = la palabra de Dios = el espíritu de la promesa = la salvación = (el agente del) nuevo nacimiento**

Cuando Pablo escribe a los corintios que la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús están "entre las cosas de importancia primordial", hay que tener en cuenta el punto que se está debatiendo; algunos cristianos corintios estaban empezando a cuestionar y dudar de la resurrección. *“¿cómo es que algunos entre vosotros dicen que no hay resurrección de muertos?*”. pregunta Pablo (*1 Corintios 15:12*). Para responder a esta crisis de fe, Pablo recuerda a sus lectores que la muerte y la resurrección de Jesús son absolutamente fundamentales para el Evangelio cristiano. *Sin la muerte de Jesús, que da la seguridad del perdón, y sin la resurrección de Jesús de la tumba, no habrá salvación en el Reino de Dios venidero*. Si Jesús no ha resucitado, entonces la esperanza de salvación que es la llegada del Reino de Dios a la tierra es una esperanza perdida. Antes del Calvario y del Pascua, Jesús y los apóstoles predicaron el Evangelio durante años sin incluir estos grandes hechos redentores. Después del Domingo de Resurrección, los

apóstoles (como pronto veremos) todavía predicaron el Evangelio del Reino futuro, pero entonces pudieron suministrar como información vital que garantizaba ese Reino, los hechos de la muerte y resurrección de Jesús. Por muy vitales y cruciales que sean la muerte y la resurrección de Cristo, no son la piedra angular. Están “entre las primeras cosas” que Pablo predicó (*1 Corintios 15:3*). Para Pablo, el punto culminante del Evangelio es cuando el Mesías de Dios “*entregue el reino al Dios y Padre*” (*1 Corintios15:24*). Así pues, Pablo está totalmente de acuerdo con el “Evangelio del Reino” de Jesús, pues existe un vínculo inquebrantable entre la resurrección de los muertos y la llegada del Reino.

Estamos diciendo que la gran razón por la que la interpretación “ortodoxa” dominante de que Jesús sólo vino a hacer el trabajo de tres días no puede defenderse bíblicamente es porque ignora el marco histórico de la vida del ministerio de Jesús. Históricamente, Jesús predicó primero a los judíos, no a la Iglesia; Jesús fundó su Iglesia con apóstoles y conversos judíos, aunque su mensaje se ofreció más tarde a las naciones y, por supuesto, tiene implicaciones atemporales. Jesús proclamó su Evangelio del Reino, de orientación muy hebrea, a los judíos del siglo I, y más tarde autorizó el mismo Evangelio salvador para todos nosotros. “El hecho de que el cristianismo no comenzara como una nueva religión, sino como un movimiento de judíos monoteístas que consideraban a Jesús como su rey y libertador enviado por Dios, marca la diferencia en nuestra comprensión del cristianismo. He aquí, en una frase, lo que es imperativo saber sobre los orígenes del cristianismo”, dice *Schonfield*. **[13]** Para evitar crear un Jesús gentil (¡pagano!), su anuncio de que “el Reino de Dios está cerca""debe considerarse en el marco del judaísmo. Jesús no era un “cristiano” en nuestro sentido moderno. Era un profeta judío del siglo I. La cosmovisión judía de aquella época “surgió directamente del monoteísmo judío: El Dios de Israel era el único Dios de todo el mundo. Teología y política, piedad y revolución, iban de la mano”. **[14]** Cuando Yahvé se convierta en rey, Israel será rescatado de la dominación del mal, y Dios mismo regresará a Sión; el Reino habrá llegado. “Se trataba de que la historia de Israel llegaba a su clímax, de que la historia de Israel avanzaba hacia su momento decisivo” **[15]**. La llamada de Jesús a arrepentirse y creer en este anuncio del Evangelio tenía en mente mucho más que las connotaciones modernas de la salvación individual, más que “cree en Jesús y cuando mueras vivirás para siempre en el cielo”. Jesús estaba convocando a sus oyentes para que aprovecharan el momento y asumieran el papel que les correspondía en el drama que Dios estaba desarrollando. Si aceptaban a Jesús como su prometido Señor Mesiánico y le seguían en su nuevo camino, entonces serían el verdadero Israel, el verdadero pueblo de Dios, cuando llegara el día del Reino de Dios.

Fue Despreciado y Rechazado por Todos

Debemos recordar que Palestina en la época de Cristo no era una tierra de cuento de hadas. de cuento de hadas. Era un mundo real con gente real. Cuando Jesús nació Cuando Jesús nació, Palestina estaba gobernada por un rey inseguro y egoísta llamado Herodes el Grande (37-4 a.C.). Su reinado se solapó con el de otras figuras seculares como Julio César, Cleopatra, Marco Antonio y Augusto. El historiador judío contemporáneo Josefo describe a Herodes como un megalómano que pasó todo su reinado escuchando a sus espías hablar de complots de todo el mundo. Incluso asesinó a la esposa que amaba por sospechas de un complot para destronarlo. destronarlo. Cuando supo que se estaba muriendo, Herodes organizó los asesinatos de muchos ciudadanos prominentes, para que en lugar de celebraciones a su muerte hubiera verdadero luto en toda Palestina. Herodes ni siquiera podía pretender ser judío de nacimiento. Él era nativo de Idumea, la región desértica no judía al sur de Palestina. Con el fin de ganar legitimidad para su reinado, Herodes se divorció de su primera esposa y se casó con una judía reconocida. se divorció de su primera esposa y se casó con una judía reconocida. Intentó congraciarse con los judíos reconstruyendo el Templo de Jerusalén. Tales medidas no lograron ganarse el afecto judío. afecto judío. Siempre permaneció

[13] *Hugh Schonfield*, “*The Passover Plot*” (El complot de Pascua), pág. 22

[14] *N.T. Wright*, “*The Meaning of Jesus*” (El significado de Jesús.), Harper SanFrancisco, 1999, pág. 33.

[15] *Ibidem*, pág. 35

vilipendiado y desconfiado. De hecho, la nación judía consideraba a Herodes como un signo del desagrado de Dios por sus pecados nacionales. Para muchos judíos, Herodes era una señal de que Dios había abandonado a su pueblo. Esto aumentó su deseo de un rey que devolviera a Israel su posición privilegiada. Este líder Este líder espiritual, cuando apareciera, sería el Mesías davídico, y él sería su legítimo rey. Sancionado por Dios, ungido por Dios, este hombre expulsaría a los malditos gentiles de la Tierra Prometida y traería un régimen glorioso en la tradición de David.

Herodes, por supuesto, es tristemente célebre por su Masacre de los Inocentes, tal y como se recoge en *Mateo 2*. En cuanto oyó el rumor de que iba a nacer el que podría ser el Mesías judío largamente esperado, Herodes se inquietó profundamente. Preguntó a los jefes de los sacerdotes y a los escribas dónde iba a nacer ese Cristo. El hecho de que Herodes se sintiera amenazado por el niño Jesús se debió a la poderosa expectación pública ante la llegada de un legítimo gobernante mesiánico. Los romanos tenían la política de nombrar a hombres del lugar para que actuaran como reyes en nombre del César. Herodes habría razonado que, con un legítimo reclamante judío al trono de Israel, Roma podría reconocer el linaje real del niño Jesús. No era al hijo de judíos pobres a quien temía este usurpador, sino a uno que, en virtud de su inherente y regia cualificación genealógica, podría (cuando creciera) reunir el apoyo popular. popular. Herodes también quemó los archivos de las familias judías, incluyendo las que descendían de Ruth y por lo tanto de David, por lo que no sería para no sentirse avergonzado por las referencias a sus propios orígenes. Presumiblemente Herodes estaba más interesado en las genealogías que pudieran desafiar su propia posición como rey. Nuestro punto es simplemente subrayar el entorno nacional muy real en el que llegó Jesús. El apelativo de “Mesías” estaba cargado de pólvora política. Cuando Jesús predicaba que el Reino de Dios estaba cerca, era el tipo de discurso que significaba que la intervención de Dios estaba cerca. que significaba que la intervención de Dios estaba cerca. Equivalía a anunciar su realeza sancionada por el cielo.

El legado romano de aquella época, Poncio Pilato, era despiadadamente leal a Roma. Probablemente llegó a Cesaréa durante la primavera del año 26 d.C. *Josefo*, el historiador judío que nació pocos años después de la muerte de Jesús, nos dice que Pilato, el procurador de Judea:

> trasladó el ejército de Cesarea a Jerusalén, para tomar allí sus cuarteles de invierno, a fin de abolir las leyes judías. Entonces introdujo las efigies de César, que estaban sobre las enseñas, y las introdujo en la ciudad... Pilato fue el primero que llevó estas imágenes a Jerusalén, y las colocó allí; lo cual se hizo sin conocimiento del pueblo, porque se hizo de noche. **[16]**

Eusebio nos dice que la agenda de Pilato era llevar a cabo la política de su mentor *Sejano*. Esto era lograr “la destrucción de toda la raza judía”. **[17]** Establecer los estandartes militares ofensivos de Roma fue una parte deliberada de la campaña de Pilato “para abolir las leyes judías”. Estos estandartes mostraban retratos de César y águilas romanas, imágenes esculpidas altamente provocativas para los judíos. Tal vez aún peor, la Décima Legión de Pilato ostentaba sus propias insignias de un toro y un jabalí. Para los judíos el cerdo era un animal impuro, cuya carne tenían prohibido comer o incluso tocar. *Josefo* no nos dice dónde se colocaron estas efigies, pero los historiadores conjeturan que debió de ser en la Fortaleza Antonia, que daba directamente a los atrios del Templo. Al amanecer, la ciudad estaba alborotada.

Una delegación judía protestó ante el tribuno romano, pero Pilato se negó a retirar los estandartes “porque tendería a perjudicar al César”. Durante cinco días continuó la presión. Pilato no cedió. *Josefo* continúa la historia:

> Al sexto día ordenó a sus soldados que tomaran sus armas en secreto, mientras él venía y se sentaba en su tribunal, que estaba preparado en un lugar abierto de la ciudad, que

[16] “*Antiquities*” (Antigüedades), 18, 3, 1, la cursiva es mía.

[17] *Eusebio*, “*Proof*" (Prueba), 11, 5.

> ocultaba al ejército que yacía listo para oprimirlos. y cuando los judíos se lo pidieron de nuevo, hizo una señal a los a los soldados que los rodeasen, y les amenazó con que su castigo no sería otro que la muerte inmediata, a menos que dejaran de molestarle y volvieran a sus casas. Pero ellos se arrojaron al suelo, desnudaron sus cuellos y dijeron que de muy buena gana morirían, antes que la sabiduría de sus leyes fuera transgredida.

Fue un momento tenso, con miles de judíos dispuestos a ser degollados por causa de su fe, y mil soldados romanos preparados con las espadas desenvainadas, esperando la señal de Pilato. *Josefo* dice que Pilato se sintió profundamente afectado “por su firme resolución de mantener inviolables sus leyes”. Tal vez las repercusiones de una masacre a tan gran escala inquietaron a Pilato, pero, en cualquier caso, retiró las efigies romanas de Jerusalén. Algunos comentaristas sugieren que esta acción tuvo un impacto inmediato en Israel. El profeta Daniel había advertido de “la abominación de la desolación”, cuando un gobernante brutal descargara su furia sobre la Santa Alianza: “*Entonces se levantarán tropas de su parte y contaminarán el santuario, la fortaleza. Quitarán el sacrificio continuo y pondrán la abominación desoladora*” (*Daniel 11:31*).

Aunque Jesús más tarde pone esta “*abominación desoladora*” como todavía futura y cercana al fin de los tiempos (ver *Mateo 24:15, 16*) es fácil ver cómo la acción de Pilato en ese día habría hecho que se movieran las lenguas. Acababan de presenciar una abominación. Era un presagio del Reino venidero. El fin de los tiempos seguramente había llegado. Si la profanación de Jerusalén por Pilato era un cumplimiento de la profecía de Daniel, entonces el Mesías pronto establecería el Reino de Dios. Fue más o menos en ese momento cuando Juan el Bautista salió del desierto, llamando a la nación a “*Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.*” y “*preparad el camino del Señor*” (*Mateo 3:1-3*). A riesgo de repetición, entendamos que en el siglo I no se hablaba de en el siglo I no se hablaba de un “cuento chino”. El Reino no iba a establecerse en las nubes. Era un Reino-gobierno de Dios a través de Su Mesías en Judea con el control final sobre el mundo.

Pero si el anuncio de Jesús del Reino de Dios fue el equivalente a colocar cartuchos de dinamita política alrededor de Palestina, desafiando a Herodes y César, también fue el equivalente a colocar gelignita religiosa entre sus propios compatriotas. Dondequiera que fue, Jesús puso patas arriba las convenciones religiosas aceptadas. ¿Cómo podría Israel entrar en el Reino prometido de Dios cuando ellos mismos eran una sociedad llena de injusticias sociales y económicas? ¿Cómo pudo este pueblo entrar al Reino con un sacerdocio del Templo tan opresivo y corrupto? ¿Cómo podrían esos revolucionarios que creían que el Reino sólo llegaría por medios violentos entrar en esa nueva sociedad basada en el amor, el servicio y la igualdad? El pueblo de Dios primero debe arrepentirse. Deben llegar a ser dignos de este elevado llamamiento. Es decir, deben renunciar a sus propias agendas y comprometerse con el camino de Jesús. “Esto no quiere decir que Jesús no le dio a este desafío lo que llamaríamos una dimensión religiosa y espiritual. Es insistir en que no podemos utilizar eso para descartar el desafío práctico y político que las palabras transmitirían”. **[18]** No aceptar la agenda evangélica de Jesús también los descalificaría. Jesús llamó a estos judíos ciegos y moralistas “hijos del diablo” (*Juan 8:44*). Esto cayó como un globo de plomo. Qué escándalo. ¡Qué descaro llamar malditos a los hijos de Abraham! Pensaban que estaban siendo leales a Jehová. Pero en lugar de luz del mundo, Jesús los llamó tinieblas. No iban a entrar al Reino a menos que se arrepintieran y tomaran su cruz. Tampoco estaban preparados para aceptar el arriesgado plan de Jesús de poner la otra mejilla, recorrer la segunda milla, perder la vida en un servicio amoroso, perdonar las deudas y los pecados de sus opresores y orar por sus enemigos. El Reino de Jesús estaría lleno de mansos, amables y gentiles, pobres de espíritu. Como *N.T. Wright* afirma correctamente en el Sermón de la Montaña:

> no es simplemente un gran código moral nuevo. Es principalmente el desafío del Reino: el llamado a Israel a ser Israel en verdad en el momento crítico de su historia, el momento en que, en el anuncio del Reino de Jesús, el Dios vivo está obrando para

[18] *N.T. Wright*, “*The Meaning of Jesus*” (El Significado de Jesús), pág. 38.

> reconstituir a su pueblo y así cumplir su mandato. intenciones largamente acariciadas para ellos y para el mundo entero. **[19]**

Pero resultó que la agenda de Jesús era demasiado arriesgada, demasiado radical. Su propio pueblo “no le recibió” (*Juan 1:11*).

La Limpieza del Templo Anuncia El Mesianismo De Jesús

El choque de Jesús con los símbolos seculares y sagrados establecidos de la época alcanzó su clímax en la semana anterior a su crucifixión. El momento del destino de Israel había llegado. “Israel, el pueblo histórico del único Dios creador, nadaba en la corriente de la historia justo encima de una cascada rugiente. Si no tenía cuidado, sería arrastrada y caería en su perdición”. **[20]** ¿Aceptaría la nación sus credenciales y agenda mesiánicas o perdería su hora? La nación estaba profundamente dividida. Los fariseos eran duros y críticos con sus hermanos judíos. Los esenios consideraban que todos los demás judíos (incluidos los fariseos) eran dignos únicamente de los anatemas de Dios. El sacerdocio del Templo era corrupto y opresivo. Jesús afirmó ser el camino para cumplir todas las esperanzas del Reino prometido a Israel de que Dios lo reivindicaría a él y a aquellos que confiaban en su palabra. Afirmó cumplir la Ley y todo lo que los profetas habían dicho. Afirmó ser Señor del sábado. Afirmó tener autoridad para perdonar pecados, pero lo acusaron de blasfemar, porque “*¿Quién puede perdonar pecados, sino uno solo, Dios?*” (*Marcos 2:7*).

Pero estas diversas escaramuzas con sus compatriotas alcanzaron su clímax cuando Jesús entró en el recinto del templo al terminar su ministerio. El Templo poseía un enorme significado real. De hecho, el templo y la realeza iban de la mano. David había planeado el primer Templo. Salomón lo había construido. Dos grandes hombres de Dios, Ezequías y Josías la habían restaurado. Los Macabeos habían limpiado el Templo. Herodes, habiendo recibido su reinado de Roma, estaba ansioso por mejorarlo reconstruyéndolo. El Templo era el símbolo del lugar especial de Israel en el plan de Dios para el mundo. (Incluso muchos años después de que Tito arrasara el Templo, el último gran pretendiente mesiánico, *Bar Kochba*, acuñó monedas que representaban la fachada del Templo, que sin duda estaba planeando reconstruir.) Así, cuando Jesús entró en el recinto de este símbolo nacional y voltearon sus mesas y anunciaron: “Quiten estas cosas. ¡No hagáis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones! estaba representando una parábola de juicio. Se puso las sandalias reformadoras de Jeremías ante el que había despotricado contra Israel:

Así dice el SEÑOR de los ejércitos, el Dios de Israel:

> “*Así ha dicho Jehovah de los Ejércitos, Dios de Israel: Corregid vuestros caminos y vuestras obras, y os dejaré habitar en este lugar... Porque si realmente corregís vuestros caminos y vuestras obras, si realmente practicáis lo justo entre el hombre y su prójimo, si no oprimís al forastero, al huérfano y a la viuda, si no derramáis sangre inocente en este lugar, y si no vais tras otros dioses para vuestro propio mal, entonces os dejaré habitar en este lugar, en la tierra que desde siempre y para siempre di a vuestros padres. 8 "He aquí que vosotros estáis confiando en palabras de mentira que no aprovechan. Después de robar, de matar, de cometer adulterio, de proferir falso testimonio, de ofrecer incienso a Baal y de ir tras otros dioses que no conocisteis…”* (*Jeremías 7:3-9*). **[21]**

---

[19] Ibidem, pág. 39.

[20] *N.T. Wright*, “Who Was Jesus?” (¿Quién fue Jesús?) pág. 101.

[21] Reconozco libremente mi deuda con N.T. Wright por gran parte de este material, y animo al lector a revisar su capítulo titulado “*The Mission and Message of Jesus*” (La Misión y el Mensaje de Jesús) en “*The Meaning of Jesus*” (El significado de Jesús).

El juicio de Jesús sobre el Templo también fue una clara referencia a la descripción de Zacarías de la era mesiánica cuando “*Todos los que queden de los pueblos que hayan subido contra Jerusalén subirán de año en año para adorar al Rey, JEHOVAH de los Ejércitos, y para celebrar la fiesta de los Tabernáculos…. Y en aquel día no habrá más mercaderes en la casa de JEHOVAH de los Ejércitos*” (*Zacarías. 14:16, 21*).

He aquí quizás uno de los indicios más claros de lo que motivó la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y su ataque al corrupto sistema del Templo. La profecía de Zacarías es una predicción acerca del Reino Mesiánico. Jesús ahora está demostrando la realidad de que lo viejo está siendo eliminado. Esto no es sólo un estallido de justa ira. El Reino está siendo anunciado en una parábola representada. Es un anuncio de autoridad: “*Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te dio esta autoridad?*” (ver *Mateo 21:23; Marcos 11:27, 28; Lucas 20:1, 2; Juan 2:18*). En la entrada triunfal y la limpieza del Templo, es difícil imaginar cualquier otra acción tan calculada para que Jesús anunciara tan abiertamente su Mesianismo.

El mensaje era que ahora, en la hora suprema de Israel, y a través de él mismo como el Ungido de Dios, el Dios de Israel estaba mostrando su iracundo rechazo de todo el sistema corrupto. Esta era la casa de su Padre, el lugar donde Israel y todas las naciones deberían poder ver la luz del único Dios verdadero. Pero lo habían convertido en “una cueva de ladrones”. Ya hemos conocido esta palabra para “ladrones” (*lestai*) y hemos visto que se usaba regularmente para denotar bandidos y rebeldes, así como también estafadores. El Templo se había convertido en el punto focal para los nacionalistas en sus planes de rebelión contra Roma, así como para los ricos y poderosos en su opresión del resto de la nación. Para Jesús, el sistema distorsionado del Templo era un símbolo que ahora estaba terriblemente equivocado. Su acción en esta parábola simbólica del juicio fue tan buena como decir que el Templo sería reemplazado de una vez por todas. Jesús desafió: “*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*” (*Juan 2:19*). Es decir, la comunidad mesiánica ahora estaría centrada en el mismo Jesús. Esto fue demasiado. Las aspiraciones del Reino de Jesús eran demasiado controvertidas y conflictivas para la nación. Estos fueron considerados por el “sistema” como actos subversivos. “Sería como anunciar en un país musulmán que se está cumpliendo la voluntad de Alá, mientras aparentemente se vilipendia a Mahoma y se quema una copia del Corán”. **[22]**

Las curaciones de Jesús también fueron muy simbólicas. A menudo se les llama “señales” y así señalan el hecho de que el Reino de Dios estaba llegando a través de su propia obra. (La curación y la restauración a menudo van unidas en la Biblia hebrea, por ejemplo, en *Isaías 35*) Jesús tenía que irse. Su anuncio evangélico del Reino de Dios no sólo había confrontado los sistemas corruptos y opresivos del mundo de César, sino que era un arma de doble filo que cortaba el corazón corrupto del judaísmo. Al final de su ministerio terrenal, el veredicto oficial de Israel fue que la afirmación de Jesús de ser su Mesías había sido rechazada. No querían que él reinara sobre ellos como su rey. “*¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*”, fue su sentencia.

Sin embargo, al estar bajo la jurisprudencia del derecho romano, el Sanedrín todavía necesitaba la autorización de Pilato antes de poder ejecutar a Jesús. No hay duda de que Jesús fue crucificado por los romanos porque se le reconocía como un revolucionario político. Ciertamente, durante la mayor parte de su ministerio Jesús había acallado esta expectativa. En una ocasión las multitudes quisieron coronar por la fuerza a Jesús como su Rey Mesías, pero él “*se retiró de nuevo al monte, él solo*” (*Juan 6:15*). Les dijo una y otra vez a los que sanaba: “*Mira, no lo digas a nadie*” (*Mateo 8:4*). Ordenó a los endemoniados que “*callaran*” cuando anunciaron su verdadera identidad (*Marcos 1:25*). Incluso “*dio órdenes*” a sus propios discípulos “*Jesús les ordenó que no contaran a nadie lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos*” (*Marcos 9:9*). Jesús sabía cuán políticamente explosivo era llamarlo abiertamente Mesías. Palestina era un polvorín que esperaba al Rey Ungido de Dios. Pero al final, cuando llegó cabalgando a Jerusalén de la manera más abierta con la multitud cantando el *canto Hallel* del *Salmo 118*, “*Hosanna* [¡Sálvanos!] *Bendito el que viene en el nombre del Señor*”, la muerte fue descaradamente

[22] *N.T. Wright*, “Who Was Jesus?” (¿Quién fue Jesús?) pág. 99.

elenco. Jesús aceptó el honor de ser el Rey de Israel, tan esperado. Cuando los fariseos se ofendieron y pidieron a Jesús que silenciara a sus admiradores, Jesús respondió: “*Os digo que, si éstos callan, las piedras gritarán*” (*Lucas 19:40*). Jesús aceptó con valentía los aplausos públicos de que él era en verdad su líder legítimo. El problema fue que este acto lo convirtió al mismo tiempo en traidor contra César. Esto lo afirma Tácito, el cronista romano, y:

> constituye la única afirmación segura sobre Jesús que surge de una fuente no bíblica, pero contemporánea. No hay duda de que los romanos percibían a Jesús como una figura militar y política, y lo trataban estrictamente de acuerdo con esa percepción. La crucifixión era una pena reservada para las transgresiones contra la ley romana, *y Roma no se habría molestado en crucificar a un hombre que predicara un mensaje puramente espiritual o un mensaje de paz*. **[23]**

Por lo tanto, si se debe interpretar apropiadamente al verdadero Jesús, como *N.T. Wright* dice y afirma que debe estar arraigado en el judaísmo del primer siglo con su anhelo escatológico, la disposición a ver en un nuevo movimiento la posibilidad de que esta pueda ser la gran hora final y decisiva de Dios con Israel y el mundo. “Jesús pertenece al mundo de escatologías rivales del siglo I, no al mundo de ‘patrones de religión’ del siglo XX”. **[24]** Ningún otro escenario hace justicia a su contexto o posición dentro de él. Mientras *Wright* sigue este bosquejo histórico, dice:

> Descubro a un Jesús que no fue simplemente un ejemplo, ni siquiera el ejemplo supremo, de una persona mística o espiritual, como se podría encontrar, en principio, en otras culturas. Encuentro, más bien... a un profeta del primer siglo anunciando e inaugurando el reino de Dios, convocando a otros a unirse a él, advirtiendo de las consecuencias si no lo hacían, haciendo todo esto en acciones simbólicas... y en dichos crípticos, *que creía que era el Mesías de Israel, aquel a través del cual el Dios verdadero cumpliría su propósito decisivo*. **[25]**

En otras palabras, Jesús no abandonó la esperanza verdadera y profética de Israel. Vino a reconstituir a Israel bajo su propio mesianismo. Por lo tanto, era un judío de carne y hueso del siglo I completamente creíble, cuyo mensaje del Reino se ganó la ira del grupo de poder religioso de su propio país y, según el veredicto de Pilato, la ira de Roma.

Está claro que Pilato sintió mucha simpatía por Jesús y prefirió soltarlo. Pilato anunció: “*y no he hallado ningún delito en este hombre*” (*Lucas 23:14*). Pero los judíos, liderados por Caifás, aullaban por la muerte de Jesús: “*Si sueltas a éste, no eres amigo del César. Todo aquel que se hace rey se opone al César*” (*Juan 19:12*). *Sherwin-White*, especialista en derecho romano, ve aquí un tecnicismo convincente. El término “*amigo de César*” (*Caesaris amicus*) “recuerda la frecuente manipulación de la ley de traición con fines políticos en la vida pública romana” y es un término político notable. Ganó Caifás.

Pero tenga en cuenta que ha ganado, no por motivos espurios de blasfemia supuestamente introducida en un cambio de estrategia de última hora (*Juan 19:7*); Pilato podía liberar a un blasfemo y seguir siendo amigo de César. “Caifás ha ganado sobre la base del mesianismo, que ha sido revelado en este juicio...

---

[23] *Baigent et al*, “*The Messianic Legacy*” (El legado mesiánico), pág. 73, énfasis añadido

[24] *N.T. Wright*, “*The Meaning of Jesus*” (El Significado de Jesús), pág. 49.

[25] *Ibidem*, pág. 50.

como una cuestión política − una que es lo suficientemente potente como para amenazar incluso al Prefecto de Judea”. **[26]**

Aunque ha sido objeto de acalorados debates, la evidencia parece sugerir que los judíos podían apedrear a hombres y mujeres hasta la muerte por delitos contra la ley r*eligiosa*. **[27]** Los adúlteros podían ser apedreados hasta la muerte (*Juan 8:7-11*). De hecho, el primer mártir cristiano, Esteban, fue apedreado hasta morir (*Hechos 6:8-8:1*). *Josefo* nos cuenta que Santiago, el hermano de Jesús, fue apedreado hasta morir por el Sanedrín. **[28]** Estas acciones obviamente fueron permitidas por Roma. Pero en lo que respecta a la ejecución de Jesús, Caifás y los sacerdotes buscan la crucifixión por traición política: “*Hemos hallado a éste que agita a nuestra nación, prohíbe dar tributo al César y dice que él es el Cristo, un rey*” (*Lucas 23:2*). En consecuencia, Pilato le pregunta a Jesús: “*¿Eres tú el rey de los judíos?*” Como lo contemporiza Ian Jones, “La pregunta de Pilato a Jesús es como un gobernador militar alemán de la Segunda Guerra Mundial preguntando a un ciudadano de un país ocupado: '¿Eres tú el líder de la Resistencia?'” **[29]** “Si...Jesús fuera un rey legítimo, entonces uno [es decir. Pilato] ciertamente afirmaría la propia autoridad humillándolo”. **[30]**

Los evangelios son unánimes. Jesús fue acusado de un crimen contra Roma. Es cierto que el Sanedrín judío quería quitar a Jesús del camino debido a su desafío a su Templo. Entonces le dijeron a Pilato que Jesús era un rey rebelde. Le dijeron al pueblo que Jesús era un falso maestro, que al afirmar ser el Mesías era un blasfemo que los extraviaba. Así, Jesús fue conducido a la muerte de la forma más brutal y sádica posible. Su crucifixión “proclamó, dentro de ese universo simbólico, que César era el amo del mundo y que los dioses de las naciones, incluido Israel, eran impotentes ante él”. **[31]** En ese día, Roma, y sólo Roma, estaba autorizada a construir el reino y gobernar sus mini reinos. En aquel entonces no había separación entre la Iglesia y el Estado, ni manera de separar la religión y la política en la construcción del reino en el siglo I. De hecho, desde el punto de vista de César, ¿por qué alguien querría oponerse a la *Pax Romana*, el nuevo orden mundial de reforma política y rearme espiritual, sus carreteras libres de bandidos y sus rutas marítimas libres de piratas, sus ciudades unidas por una cultura común y prosperidad económica, ¿Y sus legiones guardando las fronteras detrás de las cuales merodeaban los bárbaros?

Este hecho histórico a menudo se pierde de vista en las discusiones sobre la ejecución de Jesús. Jesús no murió porque predicó “*Porque el reino de Dios está en medio de vosotros*” (*Lucas 17:21*), es decir, la paz de Dios gobierna en vuestros corazones como una realidad espiritual. Ese mensaje no era ofensivo entonces, y todavía no lo es hoy. Mucha gente hoy en día habla con facilidad sobre su “viaje espiritual” y su vida de “fe en Dios”. Nadie se inmuta. ¡Pero que un verdadero creyente en el Mesías judío anuncie que Cristo aún gobernará los gobiernos y naciones de este mundo desde Jerusalén, y que todos los poderes y autoridades se inclinarán ante él y verán la clase de reacción que inevitablemente engendra! Proclamar el anuncio exclusivo del Evangelio de que sólo aquellos que aman a esta clase de Señor Jesús Mesías serán cogobernantes con él, compartiendo los cargos ejecutivos de ese gobierno, y a la inversa que aquellos que no trabajan y anhelan esa clase de nuevo régimen mundial son “malditos”, ¡y vean qué tipo de respuesta se evoca! Pablo dice: “*Si alguno no ama al Señor, sea anatema* [literalmente *anatema*]. *Maranatha* [que

---

[26] *Ian Jones*, “*Joshua: The Man They Called Jesus*” (Joshua: El hombre que llamaban Jesús), Melbourne: Griffin Press, pág. 238.

[27] *Josefo*, “*Against Apion*” (Contra Apión) 25, 31.

[28] *Josefo*, “*Antiquities*” (antigüedades) 20, 9, 1.

[29] *Ibidem*., pág. 233.

[30] *Baigent et al*, “*The Messianic Legacy*” (El Legado Mesiánico), pág. 45.

[31] *N.T. Wright*, “*The Meaning of Jesus*” (El Significado de Jesús), pág. 102.

significa, *Oh, Señor nuestro, ¡ven!*]” (*1 Corintios 16:22*). ¡Quedan excluidos aquellos que no viven para el Reino venidero de este Señor Cristo! Para poner esto en un contexto moderno y crudo, dejemos que un cristiano le diga a un musulmán: “Tu profeta Mahoma se inclinará ante el Rey Jesús y confesará que sólo él es soberano” y verás la respuesta hostil. El mensaje del Reino de Dios predicado por Jesús no ha perdido nada de su estigma. "Una teocracia judeocristiana no es lo que el mundo espera o desea”. **[32]** Aquí radica una buena prueba de fuego sobre cuál evangelio es el verdadero Evangelio: el que hoy predica la Iglesia moderna sobre “el Reino de Dios dentro de ti y cuando mueras irás al cielo” o el que anuncia “*El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo. El reinará por los siglos de los siglos*” (*Apocalipsis 11:15*).

Desde esta perspectiva también debe entenderse la predicación apostólica que anunció la vindicación de Jesús por parte de Dios mediante la resurrección. Se predicó el perdón no sólo en los términos actuales de culpa personal eliminada con alivio de una conciencia culpable. Bastante:

> fue la deducción cristiana primitiva, a partir de la resurrección de Jesús, de que, después de todo, su muerte había sido efectiva, *como bisagra sobre la cual se había abierto la puerta al nuevo mundo de Dios. Decir que el Mesías había muerto por los pecados en cumplimiento de las Escrituras era hacer una afirmación, no tanto sobre una teología de la expiación abstracta a la que los individuos podían recurrir para salvar sus conciencias culpables, sino sobre dónde se encontraban ahora Israel y el mundo dentro del alcance de Dios. calendario escatológico*. **[33]**

El cristianismo primitivo continuó el ministerio mesiánico de Jesús después de la Pascua. Es decir, el mensaje de la Iglesia primitiva era continuar el anuncio de Jesús del Evangelio del Reino. Este mensaje todavía ofendía a los señores del mundo existentes, en particular a César. Los primeros cristianos, después de la resurrección de Jesús, reconstruyeron sus agendas y objetivos basándose en el entendimiento de que las promesas de Dios no habían fallado, y que cuando la cuerda había corrido el telón que revelaba el futuro Reino de Dios, habían visto una visión por la que valía la pena morir. Dios había resucitado a este mismo Jesús y vindicado sus afirmaciones mesiánicas. Por lo tanto, el mensaje del Reino de Jesús no estaba muerto ni enterrado. De hecho, el rey iba a regresar del cielo para completar la agenda de su Padre.

En un capítulo anterior señalamos que el emperador *Constantino*, tres siglos después de Jesús, se veía a sí mismo como el salvador y unificador del Imperio Romano. Se esforzó por combinar en su reinado los ideales mesiánicos de gobierno militar y espiritual. Al alinearse con *Constantino*, la Iglesia comprometió su independencia y vendió su alma al secularismo, negando así al Cristo en el que creía. El Jesús de la historia fue efectivamente enterrado. La Iglesia ya no proclamó como evangelio la venida apocalíptica del Reino de Cristo, y corrompió el mensaje sobre el Reino venidero que Jesús y los apóstoles habían predicado con un nuevo mensaje “evangelio”: “El reino ha llegado. Ese reino es la Iglesia”. Todos los rastros del cristianismo mesiánico fueron transformados y, para todos los efectos, borrados:

> Para difundirse por el mundo romanizado, el cristianismo se transmutó y – en el proceso, *reescribió las circunstancias históricas de las que surgió*. No sería bueno deificar a un rebelde contra Roma. No sería bueno exaltar a una figura que había sido ejecutada por los romanos por crímenes contra el Imperio. Como resultado, la responsabilidad de la muerte de Jesús se transfirió a los judíos – no sólo al grupo de poder saduceo, que sin duda tuvo algo que ver en ello, sino al pueblo de Tierra Santa en general, que se encontraba entre los más fervientes partidarios de Jesús. Y *el propio*

[32] *Anthony Buzzard*, “*Our Fathers Who Aren't in Heaven*” (Nuestros Padres Que No Están En El Cielo), Restoration Fellowship, 1995, pág. 122.

[33] *N.T. Wright*, “*The Meaning of Jesus*” (El Significado de Jesús), p. 103, énfasis añadido.

> *Jesús tuvo que ser divorciado de su contexto histórico, convertido en una figura apolítica — un Mesías espiritual de otro mundo que no planteaba desafío alguno al César. Así, todo rastro de la actividad política de Jesús fue restado importancia, diluido o eliminado. Y, en la medida de lo posible, todo rastro de su judaísmo fue deliberadamente oscurecido, ignorado o tornado irrelevante*. **[34]**

La Iglesia romana de la Edad Media era ferozmente antisemita. Odiaban a los "asesinos de Cristo" y buscaban destruir todo lo judío. Basta recordar la presión que se ejerció sobre Mel Gibson para editar (¡eliminar!) ciertas escenas que fueron consideradas ofensivas por los judíos en su exitosa película "*La Pasión de Cristo*" para comprender los sentimientos residuales profundamente arraigados que esta cuestión todavía suscita. Los judíos sufrieron terriblemente por las opiniones antisemitas promovidas por la Iglesia posterior a Constantino. La Iglesia llegó a ser presentada como una organización gentil que supuestamente no estaba prevista en el AT. La era de la Iglesia fue el "misterio" que ahora sale a la luz. Sin embargo, el NT no les dice a los judíos que deben convertirse en cristianos gentiles para ser salvos. Más bien, a los gentiles se les dice que se conviertan en creyentes en el Mesías (judío). Somos nosotros los gentiles quienes una vez estuvimos "*apartados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, estando sin esperanza y sin Dios en el mundo*" (*Efesios 2:12*). Son los creyentes gentiles los que están incluidos o "injertados" en las bendiciones de Israel. Es un Mesías judío al que amamos y servimos. Pero la Iglesia ha enseñado que si un judío quiere convertirse en cristiano tiene que abandonar su herencia profética hebrea. Esto está mal.

Por supuesto, se argumentará que la agenda política de Jesús (política en el sentido de proclamar un evangelio que prometía el reino literal de Dios a través del Mesías en una tierra renovada sobre las naciones) fue percibida erróneamente por sus contemporáneos. Después de todo, ¿acaso no le dijo a Pilato durante el juicio: "*Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos. Ahora, pues, mi reino no es de aquí*"? (*Juan 18:36*). En breve examinaremos el argumento que descarta la naturaleza política del mensaje del Reino de Jesús. Por el momento bastará observar que lo único que Jesús negó aquí fue que había llegado el momento de su coronación. Jesús no negó que él era el Rey de los judíos. No negó el derecho que Dios le había otorgado al trono de David y a heredar todas las promesas que Dios había decretado relacionadas con el control gubernamental del mundo (futuro). Todo lo que Jesús le dijo a Pilato fue que su reino no pertenecía a este sistema actual, no surgió del actual orden inicuo dominado por valores satánicos. Cualquiera que dude de que Jesús estaba esperando la llegada de su gobierno sólo necesita ver cómo sus afirmaciones en este sentido enardecieron tanto a sus jurados. Bajo juramento, Jesús le dijo al sumo sacerdote: "*De aquí en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo en las nubes del cielo*" (*Mateo 26:64*). Indignado, el sumo sacerdote se rasgó la túnica y dijo con indignación: "¡Ha blasfemado!".

El misterio del reino

¿Qué fue lo que ofendió tanto a los judíos y les hizo rechazar la afirmación de Jesús de ser su Rey y el cumplimiento de todas las promesas de Dios? La blasfemia *no* fue que Jesús afirmara ser Dios Todopoderoso en carne humana. Se trata de una acusación incongruente y no tiene sentido en el contexto histórico y bíblico de la época. Esa idea es una invención posterior, importada y extranjera. Como afirma acertadamente *Schonfield*:

> Al admitir que era el Mesías, el rey legítimo y predeterminado de Israel, Jesús había cometido una "blasfemia", no contra Dios en la ley judía sino contra Tiberíades César en la ley romana. Sostenían que era culpable de *laesa maiestas*, violación de la soberanía del emperador, y por lo tanto era apropiado que las autoridades escandalizadas, no como judías sino como súbditos romanos, actuaran como *delatores*

[34] *Ibidem*, pág. 107, énfasis añadido.

> e informaran contra Jesús al representante del César. Debido a que un tribunal judío llegó a este veredicto, no debemos imaginar, como más tarde la Iglesia se preocupó por establecer, que Jesús había declarado su Deidad y, en consecuencia, desde el punto de vista de la Ley Mosaica, había blasfemado el nombre del Señor. En ese caso la pena habría sido la lapidación, no la crucifixión. Jesús ni siquiera había pronunciado el sagrado Nombre de Dios y se refirió a sí mismo como el Hijo del Hombre. Las primeras enseñanzas Nazarenas no sabían nada del trinitarismo. El Concilio no tenía motivo ni interés alguno para condenar a Jesús por motivos religiosos, ya que su único propósito era quedar bien con Roma y al mismo tiempo desviar el odio del pueblo judío por lo que estaban haciendo hacia Poncio Pilato. **[35]**

Sí. El escándalo fue que Jesús afirmaba ser el ungido de Dios, el Mesías, el heredero legítimo del trono de Israel de David. Pero Jesús no encajaba en el molde del héroe divino que los judíos esperaban. Tampoco fueron vencidos los malhechores. Todo parecía continuar como siempre lo había hecho. La suya era la imagen de un Mesías que vendría (inmediatamente, en sus propios días) para tomar “*el dominio, la majestad y la realeza. Todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su dominio es dominio eterno, que no se acabará; y su reino, uno que no será destruido*” (*Daniel 7:14*). Incluso los discípulos se sintieron ofendidos porque el Mesías fuera asesinado ignominiosamente (*Mateo 16:21-23*). Un Mesías sufriente no tenía lugar en los planes de los discípulos ni en la estimación de la nación de Israel. El Reino que Jesús anunció no se parecía a lo que esperaban. *George Ladd* sugiere que la respuesta al escándalo de Jesús se encuentra en el concepto de este “misterio”. Jesús dijo a sus discípulos: “*A vosotros se os ha dado* ***el misterio del reino de Dios****; pero para los que están fuera, todas las cosas están en parábolas, para que viendo vean y no perciban, y oyendo oigan y no entiendan; de modo que no se conviertan y les sea perdonado*” (*Marcos 4:11, 12*).

Es bastante seguro que Jesús creía que el Reino vendría con poder apocalíptico. Como Mesías vendría “al fin de los tiempos” con los ángeles de Dios y resucitaría a los muertos. Vendría con una luz resplandeciente, universalmente presenciada desde un extremo del cielo hasta el otro (*Lucas 17:24*). Después de un breve e intenso período de gran tribulación, el sol se oscurecería, la luna se volvería roja como la sangre y las estrellas caerían (*Marcos 13:24, 25; Mateo 24:21, 29-31*). Se produciría una “crisis” cataclísmica. Vendría con tal poder que habría “*llanto y crujir de dientes*” de todos los malvados que serían expulsados de su Reino. Sí, él le creyó a los profetas.

Pero el misterio tan inesperado para los contemporáneos de Jesús fue que el Reino que ha de venir en tal agitación cósmica de hecho ha entrado en el mundo de antemano en una forma oculta, y ya está obrando secretamente dentro y entre los hombres. El misterio del Reino es la llegada del Reino a la historia antes de su manifestación apocalíptica. Es, en resumen, “cumplimiento sin consumación [presente]”. Hay un aspecto del Reino de ahora, pero no de ahora. Existe una tensión entre el presente ya y el futuro esperado. El NT debe leerse teniendo en tensión tanto este aspecto presente como el futuro del Reino.

Hay “*tanto* una manifestación preliminar actual del espíritu y poder del Reino como su futura inauguración y establecimiento mundial en la Segunda Venida”. **[36]** Esta es la única verdad ilustrada por las varias parábolas de *Marcos 4* y *Mateo 13*. **[37]** Una o dos ilustraciones de esto están en orden. Tomemos la parábola de la semilla de mostaza: “*Les presentó otra parábola diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo. Esta es la más pequeña de*

---

[35] *Schonfield*, “*The Passover Plot*” (El Complot de Pascua), pág. 170.

[36] *Anthony Buzzard*, “*The Coming Kingdom of the Messiah*” (El Reino Venidero del Mesías), Restoration Fellowship, 2002, pág. 28.

[37] *G.E. Ladd,* “*A Theology of the New Testament*” (Una Teología del Nuevo Testamento), pág. 94.

todas las semillas; pero cuando crece, es la más grande de las hortalizas y se convierte en árbol, de modo que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas”. (*Mateo 13:31, 32*).

Los judíos estaban familiarizados con la imagen de Israel como un gran árbol (ver *Salmo 104:12; Ezequiel 17:23; 31:6*). Esperaban plenamente que, bajo el Mesías, sería el árbol más grandioso y grande de todas las naciones. Entonces, ¿cómo podría este insignificante galileo ser el Mesías? Y su grupo de discípulos medio alfabetizados, ¿cómo podrían representar el Reino de los Cielos? Los judíos no podían entender cómo se podía hablar del Reino sin una manifestación tan abarcadora del gobierno de Dios. “¿Cómo podría tener algo que ver el venidero Reino glorioso con el pobre pequeño grupo de discípulos de Jesús? Rechazado por los líderes religiosos, acogido por los recaudadores de impuestos y los pecadores, Jesús parecía más un soñador engañado que el portador del Reino de Dios”. **[38]** La respuesta de Jesús es primero, la pequeña semilla, luego al final, el árbol enorme. La pequeñez de su ministerio actual no excluye la futura invasión gloriosa del Reino de Dios. La parábola del grano de mostaza ilustra la verdad de que el Reino, que un día será un gran árbol, ya está presente en el mundo en la persona de Jesús y sus seguidores, aunque actualmente, según los estándares del mundo, sea una forma insignificante.

Es cierto que muchos comentaristas ven en esta parábola un pronóstico del crecimiento de la Iglesia hasta convertirse en una gran institución – la llamada Iglesia del Reino. Esta interpretación, sin embargo, tiene la debilidad de no reconocer adecuadamente el contexto histórico de la parábola. Arranca a Jesús de su entorno social y del contexto de la fe de Israel. En resumen, no tiene fundamento exegético alguno. Que la Iglesia no es el Reino queda claro cuando recordamos que es tarea de la Iglesia predicar el Reino. A través de su mensaje del Evangelio del Reino se decidirá quiénes entrarán al Reino al final de esta era y quiénes serán excluidos. ¡La Iglesia no se predica a sí misma! “*La Iglesia es el pueblo del Reino, pero no puede identificarse con el Reino*”. **[39]** Por lo tanto, “Esta interpretación se basa en la identificación del Reino y la Iglesia, una visión que consideramos insostenible”. **[40]**

La parábola de la levadura presenta la misma verdad que la del grano de mostaza. Es decir, que el Reino de Dios, que un día gobernará sobre todas las naciones de la tierra, ya – en la predicación de Jesús – entró en el mundo en una forma apenas perceptible para los judíos (y el resto): “ *Les dijo otra parábola: El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado*” (*Mateo 13:33*).

Muchos comentaristas han visto aquí nuevamente la idea de que a través de un lento proceso de penetración la Iglesia eventualmente penetrará en toda la sociedad y así el mundo será transformado. Otros comentaristas interpretan la levadura como una doctrina maligna que ha impregnado una Iglesia apóstata. Sin embargo, estas ideas eran ajenas a la mente de Jesús y al contexto judío en el que enseñaba. La interpretación que mejor se adapta al escenario histórico en el que funcionó el ministerio de Jesús es que la levadura representa el Reino ahora escondido, que un día lo controlará todo.

Esta parábola adquiere significado sólo cuando se interpreta en el contexto de la vida del ministerio de Jesús. Todos los judíos comprendieron el carácter poderoso e irresistible del Reino escatológico. La venida del Reino significaría un cambio completo en el orden de las cosas. El actual orden malvado del mundo y de la sociedad sería completamente desplazado por el Reino de Dios. El problema fue que el ministerio de Jesús no inició tal transformación. Predicó la presencia del Reino de Dios, pero el mundo siguió como antes. ¿Cómo entonces podría ser éste el Reino?

---

[38] *Ibidem*, pág. 98.

[39] *Ibidem*, pág. 58, énfasis añadido.

[40] *Ibidem*, pág. 97.

La respuesta de Jesús es que cuando se pone un poco de levadura en una masa, parece que no sucede nada. De hecho, la levadura parece bastante absorbida por la masa. Al final algo sucede y el resultado es la transformación completa de la masa. No se debe poner énfasis en la forma en que se logra la transformación. La idea de que el Reino de Dios conquistara el mundo mediante una penetración gradual y una transformación interior era completamente ajena al pensamiento judío. La idea de gradualidad se contradice con las parábolas de la cizaña y la red barredora, donde el Reino llega mediante un juicio apocalíptico y la destrucción del mal en lugar de una transformación gradual del mundo.

El énfasis de la parábola reside en el contraste entre la victoria final y completa del Reino cuando llegue el nuevo orden, y la forma presente y oculta de ese Reino tal como ha llegado al mundo. Uno nunca adivinaría que Jesús y su pequeño grupo de discípulos tuvieron algo que ver con el futuro y glorioso Reino de Dios. Éste es el misterio, la nueva verdad sobre el Reino. Cómo o cuándo vendrá el Reino futuro no es parte de la parábola. **[41]**

Jesús usó muchas otras parábolas para ilustrar este misterio oculto del Reino de Dios. Las parábolas de la perla preciosa y el tesoro escondido en el campo (*Mateo 13:44-46*), la red barredera (*Mateo 13:47-50*) y el hombre que sembró la semilla (*Marcos 4:26-29*). todos ilustran el punto de que en Jesús el Cristo el Reino había llegado entre los hombres de una manera inesperada. Los judíos de todas partes anhelaban que el Reino de Dios se manifestara plenamente. Pero había llegado en una forma que no reconocieron, por lo que lo pasaron por alto e incluso lo despreciaron, rechazando a Jesús como el Mesías. Jesús simplemente no encajaba en los moldes históricos, religiosos y políticos esperados de la época. Como otro ha observado:

> Jesús no era ni un hombre del grupo de poder religioso y político (un sacerdote o un teólogo como los saduceos) ni un hombre de la revolución política violenta (un libertador político como los zelotes). No era un hombre que se uniera a la emigración apolítica (no era un monje como el pueblo de Qumrán) ni un hombre de compromiso legal religioso (no era un piadoso observador de la ley como los fariseos). Este perfil distintivo de Jesús, su alteridad en comparación con otros grupos políticamente relevantes fue la primera razón del conflicto sobre Jesús. ¡Jesús era diferente! **[42]**

Fue la diferencia entre Jesús y el variopinto grupo de seguidores que atrajo y sus dichos lo que resultó tan desconcertante para lo que en nuestra sociedad llamaríamos la “mayoría conservadora de clase media”. ¿Cómo podría ser el Rey de Israel? ¿Cómo podría anunciar que el Reino está “cerca”? ¿Cómo podría alguien que violó el sábado y las reglas de pureza y se mezcló con la compañía equivocada (prostitutas, recaudadores de impuestos, leprosos) ser su Rey prometido? Jesús dio la bienvenida a los “pecadores”, los leprosos, los inmundos, los ciegos, los cojos, los sordos, los mudos, las prostitutas y los recaudadores de impuestos. Claro, afirmó que cumplía todas las viejas esperanzas e ideales de Israel, pero lo hizo de una manera que parecía trascender todas las convenciones con una agenda totalmente nueva. En esa sociedad, esos marginados estaban excluidos de la esperanza mesiánica. Pero:

> Contrariamente a toda evaluación superficial, el seguimiento de Jesús significa participación en el Reino de Dios. Presente en la persona y obra de Jesús, sin exhibición exterior ni gloria visible, estaba el Reino de Dios mismo ... Históricamente, las parábolas responden a la pregunta sobre el extraño carácter de los seguidores de Jesús. Atrajo a recaudadores de impuestos y a pecadores. En la expectativa popular, la venida del Reino significaría no sólo que el Mesías “*destruiría a las naciones impías con las palabras de su boca ... y ... reprendería a los pecadores por los pensamientos de sus corazones*”; también “*reuniría un pueblo santo al cual guiará en justicia*” ...

---

[41] *Ibidem*, págs. 99-100.

[42] *Kusche*l, “*Born Before All Time?*” (¿Nacido Antes de Todos Los Tiempos?) pág. 461.

> Jesús no reunió a un pueblo tan santo. Al contrario, dijo: “*No he venido para llamar a justos, sino a pecadores*” (*Marcos 2:17*) ... ¿Cómo podría tener algo que ver el Reino de Dios con una comunión tan extraña? ¿No es la función del Reino, por definición, destruir a todos los pecadores y crear una comunidad sin pecado? La respuesta de Jesús es que algún día el Reino creará una comunidad tan perfecta. Pero antes de este acontecimiento del fin de los tiempos, ha ocurrido una manifestación inesperada del Reino de Dios. **[43]**

Esta es la misma línea de pensamiento que todavía hace que los judíos hasta el día de hoy rechacen a Jesús como el Mesías. Los judíos de hoy razonan que, dado que los profetas hebreos predijeron un Mesías que conquistará a los gobiernos malvados, y dado que Jesús no derrocó el Imperio Romano en Palestina ni trajo el Reino de Dios, Jesús fue engañado y sus discípulos fueron engañados haciéndoles creer que él era el Mesías prometido. Por lo tanto (los judíos de hoy en día todavía argumentan), el NT es un documento falso.

De modo que los judíos del pasado y del presente no han comprendido que el Reino de Dios implica dos grandes momentos: el cumplimiento en el ministerio de Jesús de Nazaret y el clímax al final de los tiempos, introduciendo una nueva era de la historia, cuando el Mesías regrese en gloria. Si el asunto terminara ahí, sería bastante triste. Pero, lamentablemente, incluso los cristianos han perdido la fe en el mensaje central de Jesús y los apóstoles, es decir, el Evangelio del Reino. Pregúntese: Cuando escucha el Evangelio proclamado hoy, ¿escucha algo acerca del Reino de Dios? ¿O estás invitado simplemente a “pedir a Jesús que entre en tu corazón”?

Hemos reemplazado el fuerte énfasis del fin de los tiempos con cosas del cielo para las almas incorpóreas cuando muramos. (Para muchos, la idea de ser un alma incorpórea en el cielo sugiere aburrimiento eterno. Uno de mis compañeros de trabajo me dijo recientemente que quiere ir al infierno, donde será la verdadera fiesta). Hemos convertido el plan maestro de Dios para la redención de los mundos y la sociedad en una patética caricatura subjetiva. Ningún hebreo basado en su Biblia habría albergado un concepto tan nebuloso. ¿Dónde aparece esta forma de invitación evangélica en el NT? Por el contrario, como afirma tan poderosamente *Anthony Buzzard*:

> El Evangelio tal como lo predicó Jesús te invita también a dedicar el resto de tu vida a prepararte para participar en la supervisión de ese futuro Reino en una tierra renovada. Estás invitado a ser coheredero del Reino con el Mesías. En resumen, el Jesús de la historia, el “teócrata” original, continúa su obra de reclutar miembros de su casa real, el partido teocrático, a quienes se insta a prepararse con ayuda divina para participar en el gobierno del Mesías en el futuro. Esta será la primera y única administración que gobernará el mundo con éxito. **[44]**

Lamentablemente, hoy no escuchamos este énfasis escatológico. Hay una antipatía hacia el Evangelio del Reino tal como Jesús lo predicó. No siempre fue así. “Para los cristianos de los tres primeros siglos, el Reino era totalmente escatológico. Una oración de principios del siglo II dice: ‘*Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para ... reunirla en su santidad desde los cuatro vientos para tu reino que le has preparado’* ”. **[45]**

¿Cómo ha ocurrido este alejamiento del Evangelio del Reino? El razonamiento es este: dado que Jesús afirmó ser el Mesías, y dado que no destruyó el dominio romano en Palestina ni trajo una era de gloria para

---

[43] *G.E. Ladd*, “*A Theology of the New Testament*” (Una Teología del Nuevo Testamento), págs. 100-101.

[44] Anthony Buzzard, The Coming Kingdom of the Messiah (El Reino Venidero del Mesías), pág. 7.

[45] *G.E. Ladd*, “*A Theology of the New Testament*” (Una Teología del Nuevo Testamento), pág. 105.

Israel, estableciendo el Reino terrenal de Dios, Jesús obviamente no pretendía ese significado literal. de su enseñanza evangélica. Semejantes interpretaciones políticas y terrenales son demasiado literalistas. Son ideales judíos equivocados. Lo que Jesús realmente vino a traer fue un reino “espiritual”, es decir, un reino del gobierno y la soberanía de Dios dentro de los corazones de los hombres. ¿No dijo: “*Porque el reino de Dios está en medio* [o entre] *de vosotros*” (*Lucas 17:21*)? Fue *Agustín de Hipona* (354-430 d.C.) quien popularizó esta posición.

Parte de este malentendido proviene de la misma frase “Reino de los Cielos”. Para los oídos occidentales, el “cielo” está allá afuera, en el espacio etéreo, más allá de la percepción humana. Para los oídos modernos, el “cielo” es el lugar al que vamos cuando morimos. En nuestra opinión, el “cielo” es místico. Pero no para la mente hebrea. “En contraste, el cielo bíblico es una metáfora que significa el futuro prometido de Dios, la era venidera, el Reino de Dios (que también se llama 'el Reino de los Cielos'). ¿Qué mejor metáfora para representar el futuro prometido de Dios que los cielos, el cielo que está arriba, hacia el cual es natural mirar cuando imaginamos el futuro?” **[46]** Es decir, lo que existe “en el cielo” para el hebreo existe en el futuro prometido por Dios. El cielo, entonces, es una figura retórica hebrea sinónimo de la vida venidera de la era venidera que llegará a la Tierra cuando Jesucristo regrese en gloria real para establecer el reinado de Dios sobre el mundo, de acuerdo con todas las promesas de Dios.

> Entonces, el cielo representa el hogar eterno donde Dios y su pueblo disfrutarán de una comunión interminable, pero en lugar de un hogar invisible en el cielo al que van cuando mueren, es un hogar visible que surgirá del cielo, ese es, fuera del futuro, por así decirlo, en la segunda venida del Mesías para renovar la tierra; es el Reino de Dios venidero. **[47]**

La única manera en que puedo internalizar esta esperanza y hacerla una posesión espiritual presente (diciendo que “Jesús vive y reina ahora en mi corazón”) es entender que, al comprometerme con este Evangelio del Reino venidero, me estoy identificando a mí mismo y a todos. de mis sueños y aspiraciones futuras con este futuro prometido de renovación mundial cuando Jesucristo regrese a la tierra. No se trata simplemente de orar como un loro: “*Venga tu Reino*”. Es “arrepintiéndose y creyendo en el Evangelio” acerca del Reino. Es adoptando los valores del Reino de amor y no violencia que Jesús abrazó. Jesús es el prototipo del Hombre Nuevo que Dios traerá a esa era venidera. Jesús rechazó todos los enfoques mundanos de dominación e intimidación sobre los demás. Vino a servir. Él compartirá su Reino con aquellos que viven en esta época con estos, sus valores. Jesús “vive en mi corazón” sólo cuando estoy tan persuadido por este Evangelio del Reino venidero de que su palabra es la fuerza motivadora en mi vida diaria: ‘*todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, como él también es puro’*.” (*1 Juan 3:3*).

Recuerdo que una vez estaba sentado en un servicio de la iglesia, cuando la persona que dirigía el servicio de la comunión, la Cena del Señor (en los círculos de las Iglesias de Cristo llamamos a esta persona “el presidente” porque preside la mesa), invitó a cualquiera de la congregación a compartir públicamente lo que la comunión significaba para ellos. Uno se puso de pie para decir que eso significaba que sus pecados fueron perdonados por la sangre de Jesús. Otro se puso de pie para decir que eso significaba que podía renovar su cercanía con Dios durante la próxima semana. Otro más se puso de pie y compartió que al comer el pan y beber la copa sentía que pertenecía al cuerpo de Cristo. Probablemente ocho personas testificaron en este sentido personal. Fue significativo que ninguna persona compartiera que significó para ellos lo que significó para Jesús. Porque fue a la sombra de la cruz, mientras instituía la Cena del Señor, que Jesús dijo a sus seguidores:

---

[46] *R. Hach*, “*Possession and Persuasion*” (Posesión y Persuasión), pág. 138.

[47] *Ibidem*, pág. 139.

> “*Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer! Porque os digo que no comeré más de ella hasta que se cumpla en el reino de Dios. Luego tomó una copa, y habiendo dado gracias, dijo: Tomad esto y repartidlo entre vosotros, porque os digo que desde ahora no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios*.” (*Lucas 22:15-18*).

Para Jesús, comer el pan y beber la copa con sus seguidores significaba una promesa. Significaba que comería y bebería con ellos en el venidero Reino de Dios: “*Yo, pues, dispongo para vosotros un reino, como mi Padre lo dispuso para mí; para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*” (*Lucas 22:29, 30*). Jesús creía firmemente que sentados alrededor de esa mesa estarían los patriarcas resucitados de Israel, Abraham, Isaac y Jacob, junto con “*muchos del oriente y del occidente*” (*Mateo 8:11*). El apóstol Pablo también dijo a la iglesia que “*Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que él venga*” (*1 Corintios 11:26*). Fue esta esperanza del futuro prometido de la Era Venidera la que fue la fuerza principal y unificadora en la propia vida y fe de Jesús. Sólo cuando se convierta en nuestro podremos decir verdaderamente “*Porque el reino de Dios está en medio* [o entre] *de vosotros*”.

El evangelio que Jesús predicó se refería en primer lugar a este futuro Reino de Dios. Jesús equiparó “el Reino de Dios” con “el siglo venidero, la vida eterna”. Dijo a sus discípulos:

> “*De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por causa del reino de Dios, que no haya de recibir muchísimo más en este tiempo, y en la edad venidera, la vida eterna”* (*Lucas 18:29, 30*).

Jesús dijo que “nacer de nuevo” – el gran lema del evangelicalismo moderno – es la condición necesaria para entrar al Reino cuando llegue:

> “*Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de nuevo* [o, nacido de arriba], *no puede* ***ver el reino de Dios***” (Juan 3:3).

Luego observe cómo cambia ligeramente la frase:

> “*De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede* ***entrar en el reino de Dios***” (Juan 3:5).

Unos pocos versículos más adelante, el Señor Jesús explica qué es “ver” o “entrar” en el reino de Dios. Dice que creer en él será “***tener vida eterna***” (literalmente, vida en el siglo venidero, *Juan 3:15, 16*).

Los discípulos también equipararon la “salvación” con “entrar en el reino de Dios”. Cuando Jesús les dice que es difícil que un rico entre en **el reino de Dios**, y que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en **el Reino de Dios**, preguntan en asombro: “*Entonces, ¿quién podrá ser* ***salvo****?*” (*Mateo 19:24, 25*).

Sumando todo esto obtenemos la ecuación:

> **El Reino de Dios = la vida del siglo venidero = vida eterna = salvación**

Es un hecho notable, entonces, que los discípulos de Jesús predicaran este Evangelio del Reino mucho antes de comprender que Jesús iba a ser crucificado y resucitado. Un día Jesús tomó aparte a los doce y les dijo:

> “*Jesús, tomando a los doce, les dijo: —He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Porque será entregado a los gentiles, y será escarnecido, injuriado y escupido.*

> *Después que le hayan azotado, le matarán; pero al tercer día resucitará. Sin embargo, ellos no entendían nada de esto. Esta palabra les estaba encubierta, y no entendían lo que se les decía.*" (*Lucas 18:31-34*).

Al menos cuatro veces después de que Pedro confesó a Jesús como el Cristo en Cesaréa de Filipo, Jesús predijo que sería asesinado y resucitaría, aunque los discípulos en cada ocasión no pudieron encontrarle sentido (*Marcos 8:31*, comparar *versículos 34-37; 9:9, 31; 10:33, 34*). Repito: Los discípulos estaban predicando el Evangelio de la salvación, el Evangelio del Reino, el Evangelio de la vida eterna, ¡antes de tener alguna comprensión de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús!

> Claramente el Reino de Dios fue el primer tema de la agenda en las presentaciones apostólicas del Evangelio. Esto no es sorprendente, ya que Jesús siempre había proclamado el Evangelio del Reino, ¡y esto fue mucho antes de que se dijera algo sobre su muerte por nuestros pecados, algo que los discípulos no entendían! (*Lucas 18:31-34*). Es inmensamente instructivo notar que el tema del Reino no puede haber incluido originalmente la muerte y resurrección de Jesús. **[48]**

Es cierto que sólo sobre la base de la obra consumada de Cristo en la cruz y su resurrección podremos entrar en el venidero Reino de Dios. Pero Jesús no abandonó ni por un momento la esperanza terrenal que heredó de su herencia hebrea. Era sólo que sabía que el Reino Mesiánico no vendría la primera vez. Él debe morir primero y resucitar para abrirnos el camino. No habrá cosecha a menos que el grano de trigo primero caiga en la tierra y muera (*Juan 12:24*). Toda su energía y concentración estuvo en preparar a sus seguidores para este gran evento universal. El hecho fundamental es que Jesús afirmó ser el Mesías destinado no sólo a morir por nuestros pecados, sino también a gobernar este mundo en una comunidad futura que se establecerá en su Segunda Venida. Cualquier teología que no viva y respire en esta atmósfera ha perdido contacto con el Jesús de la Biblia. Es en este contexto en el que ahora profundizaremos un poco más.

Las Promesas a Los Padres

Pocos lectores de la Biblia hoy parecen darse cuenta de que el Evangelio tiene que ver con el cumplimiento de ciertas promesas bajo juramento que Dios le hizo a Abraham y luego amplió a David. La rúbrica sobre el NT es *Mateo 1:1*: "*El libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*". La conclusión del NT es la confesión de Jesús resucitado: "*Yo soy la raíz y el linaje de David*" (*Apocalipsis 22:16*). Todo lo que hay entre estos "sujeta libros" tiene como objetivo mostrar cómo Jesús cumple con los criterios del "hijo de David". Estas promesas "a los padres" forman la base de todo el ministerio del Reino de Jesús y del mensaje del Evangelio. Podemos resumir la historia de estas promesas fundamentales de esta manera: Dios le prometió a Eva que uno de sus descendientes revertiría la maldición que entró al mundo en el Edén. Ese descendiente (más tarde delineado como el Mesías) surgiría de la familia de Abraham y obtendría posesión de la tierra de Palestina y del mundo para siempre. Al propio Abraham, aunque muera mientras tanto, se le dice que también disfrutará de esta herencia prometida para siempre. Sin embargo, una herencia eterna sólo puede tener sentido si Abraham vuelve a la vida. Aquí están los primeros indicios de que en el plan de Dios habrá una resurrección de entre los muertos.

Mientras tanto, las generaciones de la línea de descendientes de Abraham van y vienen. Aunque este pueblo llamado Israel ingresa a la Tierra Prometida bajo Josué, la promesa a Abraham aún no se cumple. Abraham todavía duerme en el polvo de la tierra. Pero la promesa no ha fracasado. De hecho, Dios aclara además que este descendiente prometido de Abraham será un rey poderoso, también descendiente de David (*2 Samuel 7:12-16*). Así, la promesa gana en especificidad y se magnifica. El Rey y su Reino se convierten en la esperanza de todo verdadero hijo de Abraham. "Sobre estos poderosos temas de seguridad permanente, monarquía y territorio, descansa toda la estructura de la historia bíblica. Cabe señalar cuidadosamente que

---

[48] *Anthony Buzzard*, "*The Coming Kingdom of the Messiah*" (El Reino Venidero del Mesías), pág. 72

el Mensaje nunca es meramente “religioso”. Es a la vez nacional y universal, y está relacionado con el futuro de la tierra”. **[49]** *¡Son estas promesas del AT a Abraham de tierra y trono las que forman la base misma del anuncio de Jesús del Evangelio del Reino!* Si se me permite una vez más tomar prestada una de las declaraciones de *Anthony Buzzard*: “No sería exagerado decir que la falta de comprensión de los términos de los arreglos de Dios con Abraham es la raíz de la enorme confusión que ahora existe en las mentes de los feligreses con respecto al propósito total de la fe cristiana”. **[50]**

Los apóstoles anunciaron que predicaban “***las buenas nuevas de que la promesa que fue hecha a los padres***” (*Hechos 13:32*). Una y otra vez el NT declara una conexión entre la misión de Cristo y las promesas que Dios hizo a través de los profetas de la antigüedad: “*Digo, pues, que Cristo fue hecho ministro de la circuncisión a favor de la verdad de Dios,* ***para confirmar las promesas hechas a los patriarcas***” (*Romanos 15:8*).

De alguna manera el honor de Dios, “la verdad de Dios”, está ligado a la necesidad de que Cristo cumpla “las promesas dadas a los padres”. Cualesquiera que sean estas promesas, evidentemente tienen que ver con los judíos, porque antes Pablo declara: “*mis hermanos, los que son mis familiares según la carne. Ellos son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, los pactos, la promulgación de la ley*, *el culto y las y* ***las promesas***” (*Romanos 9:3, 4*). Aún más definitivamente, Pablo dice: “***Ahora bien, las promesas a Abraham fueron pronunciadas también a su descendencia****. No dice: "y a los descendientes," como refiriéndose a muchos, sino a uno solo: y a tu descendencia, que es Cristo… Y ya que sois de Cristo, ciertamente sois descendencia de Abraham* [literalmente, 'descendencia']*, herederos conforme a la* ***promesa***” (*Gálatas 3:16, 29*).

Evidentemente, si queremos saber qué promesas tiene Pablo en mente, debemos referirnos a la historia de Abraham, porque de allí obtuvo su información. La mayoría de nosotros estamos familiarizados con el bosquejo de la historia de Abraham. Sabemos que Dios lo llamó a dejar su hogar en Caldea y convertirse en un habitante de tiendas, un “peregrino” en la tierra de Canaán. Sabemos que Dios le prometió a Abraham que un día el Salvador del mundo vendría de su linaje y que a través de la predicación del Evangelio todas las naciones de la tierra serían bendecidas a través de él. Pero se nos escapa que la promesa hecha a Abraham tiene más relevancia. Después de todo, “padre Abraham” es significativo y aplicable a la historia pasada de los judíos, pero ¿qué relevancia tienen para el cristiano actual las promesas que se le hicieron hace más de 3.000 años?

Esta actitud desdeñosa es un triste reflejo de hasta qué punto el cristianismo moderno se ha desviado de la esencia misma del Evangelio del NT. Hay una serie de canciones e himnos antiguos de la escuela dominical que hablan de cruzar el río Jordán cuando morimos y subimos al cielo: “¿Dónde está ahora el profeta Daniel? A salvo en la Tierra Prometida”. Está muy extendida la idea de que la Tierra Prometida es el cielo y que todos los fieles muertos, incluidos Abraham, Daniel y los “padres”, ya están en la gloria. Estos sentimientos modernos dan la impresión de que, para la mayoría, las promesas hechas a los padres ya se han cumplido y, por tanto, no tienen relevancia actual. Pero esto está muy lejos de la enseñanza del NT, que considera las promesas hechas a los padres como la base del Evangelio salvador y *aún en espera* de un cumplimiento futuro. Después de Pentecostés, Esteban dijo que Abraham aún no había heredado Canaán. Hasta ese día, Dios no le había dado a Abraham “ninguna herencia” en “*esta tierra en la que ustedes* [los judíos] *ahora habitan... ni siquiera un pie de tierra*” (*Hechos 7:4, 5*). Esteban creía que la promesa de Dios a Abraham todavía estaba esperando ser cumplida.

Ya hemos tenido ocasión de notar *Hebreos 11*: “*Conforme a su fe murieron todos éstos* [padres] ***sin haber recibido el cumplimiento de las promesas****. Más bien,* ***las miraron de lejos y las saludaron****, y*

---

[49] *Anthony Buzzard*, “*Our Fathers Who Aren't in Heaven*” (Nuestros Padres Que No Están En El Cielo), pág. 26.

[50] *Ibidem*, pág. 22.

confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Los que así hablan, claramente dan a entender que buscan otra patria” (*versículos 13-14*).

Entonces Abraham, Isaac y Jacob, Daniel y los profetas murieron sin recibir lo que Dios les había prometido: ¡una patria propia! Los padres aún no están seguros en la Tierra Prometida. Este sentimiento se repite hacia el final de *Hebreos 11*: “*Y todos éstos, aunque recibieron buen testimonio por la fe,* ***no recibieron el cumplimiento de la promesa****, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros;* ***porque Dios había provisto algo mejor para nosotros*** [los cristianos del NT]” (*versículos 39-40*).

Entonces, en el momento de escribir el NT, las promesas que Dios había hecho a Abraham y a los padres de Israel aún no se habían cumplido. Evidentemente, los cristianos también tienen interés en estas promesas hechas a los padres. Somos “*herederos de la promesa*”; somos descendientes de Abraham porque tenemos fe en el mismo Dios que hizo las promesas (*Gálatas 3:16, 29*). Cuando fue juzgado por su fe, el apóstol Pablo testificó que la salvación ofrecida por medio de Cristo era un cumplimiento de las promesas hechas a los padres: “*Y ahora soy sometido a juicio por* ***la esperanza de la promesa que Dios hizo a nuestros padres, promesa que esperan alcanzar nuestras doce tribus***” (*Hechos 26:6, 7*).

Esta fe estaba en la buena tradición hebrea como la expresaron muchos. María, la madre de Jesús, también entendió que Jesús debía cumplir las promesas hechas a los padres de Israel: “*Ayudó a Israel su siervo, para acordarse de la misericordia,* ***tal como habló a nuestros padres; a Abraham y a su descendencia para siempre***” (*Lucas 1:54, 55*).

El padre de Juan el Bautista también alabó a Dios por recordar Sus promesas a Abraham y a David:

> *Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Ha levantado para nosotros un cuerno de salvación en la casa de su siervo David, tal* ***como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde antiguo****: Salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos aborrecen, para hacer misericordia con nuestros padres y* ***para acordarse de su santo pacto. Este es el juramento que juró a Abraham nuestro padre*** (*Lucas 1:68-73*).

El hecho de que Cristo Jesús haya resucitado de entre los muertos y esté ahora en el cielo esperando su Segunda Venida es, según Pedro, prueba de que las promesas a los padres aún esperan un cumplimiento futuro. Pedro ordena a sus oyentes a arrepentirse y creer para que Dios “*y que él envíe al Cristo, a Jesús, quien os fue previamente designado. A él, además, el cielo le debía recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de las cuales habló Dios por boca de sus santos profetas desde tiempos antiguos*” (*Hechos 3:20, 21*).

Estos versículos muestran que las promesas hechas a los padres todavía no se habían cumplido incluso en el primer siglo d.C., todavía no se habían cumplido después de la ascensión de Cristo al cielo, todavía no se habían cumplido miles de años después de que Dios las había pronunciado originalmente, todavía no se habían cumplido después de que la iglesia del NT había sido destruida. comenzó, ¡aún sin cumplirse cuando se escribió el NT! Ahora estamos en condiciones de preguntar qué implican las promesas a los padres y por qué son estas promesas la clave para descubrir el significado de todo el Evangelio que Jesús mismo predicó.

Cuando Dios le dijo a Abraham que dejara atrás su país de origen y sus lazos familiares, prometió conducirlo “*a* ***la tierra*** *que te mostraré, Yo haré de ti* ***una gran nación****. Te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra*” (*Génesis 12:2, 3*). Los dos pilares centrales de la promesa de Dios a Abraham eran darle la Tierra Prometida y hacer de sus descendientes una nación poderosa. Esta promesa se repitió una y otra vez:

> "*JEHOVAH dijo a Abram, después que Lot se había separado de él: Alza tus ojos y mira desde el lugar donde estás, hacia el norte, el sur, el este y el oeste. Porque* ***toda la tierra que ves*** *te la daré a ti y a tu descendencia, para siempre.* ***Yo haré que tu descendencia sea como el polvo de la tierra****. Si alguien puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia podrá ser contada. Levántate,* ***anda a lo largo y a lo ancho de la tierra****, porque a ti te la daré*" (*Génesis 13:14-17*).

El lector atento notará que la tierra de Canaán está prometida al propio Abraham, en persona, así como a sus descendientes. El texto dice: "***Te lo*** *daré*". Además, observe que Dios no le dijo a Abraham: "*Te daré la tierra por medio de tu descendencia para siempre*". Más bien, Dios prometió: "*Te daré la tierra a ti y a* ***tu*** *descendencia*". Es evidente que esta promesa aún no se ha cumplido. Debe ser central en el plan de Dios para este mundo, porque Dios reitera los mismos dos elementos esenciales de Su promesa: la Tierra Prometida a Abraham y una gran cantidad de descendientes que llenarán ese país (ver también *Génesis 12:7; 15:8-18; 17:8*). Dios vincula Su honor y Su palabra a este pacto abrahámico una y otra vez con el divino "Yo haré". Nuevamente, después de que Abraham no impidió que su único hijo Isaac fuera sacrificado, Dios subraya aún más la promesa:

> "*He jurado por mí mismo, dice JEHOVAH, que, porque has hecho esto y no me has rehusado tu hijo, tu único, de cierto te bendeciré y en gran manera multiplicaré tu descendencia* [descendientes] *como las estrellas del cielo y como la arena que está en la orilla del mar. Tu descendencia poseerá las ciudades de sus enemigos. En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste mi voz*" (*Génesis 22:16-18*).

Isaac y Jacob son llamados "*coherederos de la misma promesa*" (*Hebreos 11:9*). A ellos se les repitió la promesa de la tierra y de muchos descendientes:

> "*Y se le apareció Jehová* [a Isaac] *y le dijo: No desciendas a Egipto. Habita en la tierra que yo te diré. Reside en* ***esta tierra****. Yo estaré contigo y te bendeciré, porque* ***a ti y a tus descendientes os daré todas estas tierras****. Así cumpliré el juramento que hice a tu padre Abraham*" (*Génesis 26:2-4*).

> "*Que Dios Todopoderoso te bendiga* [Jacob] *y ... Que él te dé la bendición de Abraham ... para que poseas la tierra en que habitas, la cual Dios ha dado a Abraham ... Yo soy JEHOVAH, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la daré* ***a ti*** *y a tu descendencia. Tus descendientes serán como el polvo de la tierra. Te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur, y en ti y en tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra.*" (Génesis 28:3, 4, 13, 14).

Ya hemos notado que Jesús tomó estas promesas bastante literalmente, porque creía que los individuos Abraham, Isaac y Jacob serían levantados personalmente por Dios para vivir en la Tierra Prometida en la era mesiánica venidera (*Mateo 22:23-33*). Por eso Jesús abogó por la resurrección de los muertos: Abraham, Isaac y Jacob habían muerto sin haber recibido la promesa que Dios les había hecho, y era imposible que la palabra de Dios no se cumpliera.

1. Una Nación Grande y Poderosa

No es de extrañar que los hebreos sintieran pasión por "las promesas a los padres". Destacan dos elementos clave. Primero, los descendientes de Abraham llegarían a ser una nación poderosa mediante la cual la tierra sería bendecida. Desafortunadamente, los judíos rechazaron a los profetas de Dios en todo momento y demostraron ser indignos de este alto privilegio y destino. Al final, incluso mataron al Hijo de Dios, Jesús el Cristo. El Israel natural, "Israel según la carne", fue "desgajado" desde el tallo y la raíz. Y

así los gentiles que aceptan que Jesús es el Mesías y creen en su Evangelio del Reino son "injertados" en el olivo y así pasan a ser parte del verdadero Israel de Dios, es decir, aquellos que creen en las promesas (ver *Romanos 11*). La gran nación que cuenta con más estrellas que las estrellas del cielo que le fue prometida a Abraham, ahora está formada por personas de todas las razas, ya sean judías o gentiles, que por su fe en el Cristo de Dios muestran que son de la misma fe que Abraham. Para:

> "*No es que haya fallado la palabra de Dios* [Su promesa del Reino]; *porque no todos los nacidos de Israel son de Israel, ni por ser descendientes* [físicos] de Abraham, *son todos hijos suyos, sino que en Isaac será llamada tu descendencia. Esto quiere decir que no son los hijos de la carne los que son hijos de Dios; más bien, los hijos de la promesa son contados como descendencia*" (*Romanos 9:6-8*).

El Evangelio que los cristianos del NT deben creer es el mismo Evangelio que creyó Abraham. Es "*el Evangelio del Reino*" en el que Jesús mismo creía. Debemos ser fieles a la fe de Jesús. En *Romanos 3* Pablo dice que Dios justificará al creyente "*que tiene fe en Jesús*" (*versículo 26*). Sin embargo, como dice correctamente la *traducción de la NASB* en el margen, esta frase traducida literalmente es que Dios justificará al "*que es de la fe **de** Jesús*". Debemos tener la fe de Jesús, la fe por la que vivió. No puede haber fe en Jesús si no tenemos la fe de Jesús, la fe por la que vivió, la fe que modeló, la fe que enseñó. Esta frase se encuentra en el siguiente capítulo donde Pablo habla de "*la fe de Abraham*" (*Romanos 4:16*). Es la misma construcción griega. No hay ninguna razón (¡aparte de la necesidad teológica!) para traducir un caso como "la fe **de** Abraham" y el otro como "fe **en** Jesús". Jesús tenía la fe de Abraham, es decir, fe en las mismas promesas de Dios.

Esta frase, "*la fe **de** Jesús*", a menudo se oscurece en nuestras Biblias en inglés, aunque así es como lo expresa el texto griego. *Romanos 3:22* se traduce: "*la justicia de Dios por la fe en Jesucristo* [es] *para todos los que creen*". Sin embargo, no hay ninguna preposición antes de las palabras "Jesucristo" y la última frase está en caso genitivo. Se traduce con mayor precisión: "*la justicia de Dios por la fe **en** Jesucristo*" (así es como lo traduce la KJV). Lo mismo es válido en *Filipenses 3:9*. Aquí Pablo está dispuesto a contar todas las cosas como "basura" con tal de tener una relación correcta con Dios a través de Jesús, "no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que viene". de Dios sobre la base de la fe". Nuevamente, aquí no hay preposición, y "Cristo" está en el caso genitivo, que la KJV traduce más naturalmente como "*aquello que es por la fe **de** Cristo*". Lo mismo se aplica en *Gálatas 2*, donde leemos, "*pero sabiendo que ningún hombre es justificado por las obras de la ley, sino por medio de la fe **en** Jesucristo, hemos creído nosotros también en Cristo Jesús, para que seamos justificados por la fe **en** Cristo, y no por las obras de la ley. Porque por las obras de la ley nadie será justificado*" (*versículo 16*). Realmente dice: "el hombre es justificado por la fe **del** Mesías". Sólo un par de versículos después, Pablo dice: "*Con Cristo he sido juntamente crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí*" (*Gálatas 2:20*). Nuevamente tenemos un "genitivo subjetivo", por lo que la traducción exacta es "la fe **del** Hijo de Dios".

La implicación práctica es significativa. ¿Cuál es la fe que trae justicia ante Dios Padre? Es la fe del Mesías Jesús. ¿Por qué fe vivió Jesús? Fe en la promesa de su Padre hecha a Abraham (y confirmada en el juramento davídico), de que Dios resucitaría a los justos muertos y los llevaría a un Reino de gloria a través de Su Rey Ungido. Es decir, la fe en el anuncio prometido del Reino escatológico. Esta es la "fe de Jesús". ¿Qué es la firmeza del verdadero creyente sino "guardar los mandamientos" de Dios y guardar "***la fe de Jesús***" (*Apocalipsis 14:12*)? No hay manera de tener fe en Jesús excepto creer lo que Jesús creía. Creer en Jesús es creer en su palabra o anuncio del Evangelio. Todo lo cual quiere decir *que la única manera de expresar la verdadera fe en Jesús el Cristo es vivir de acuerdo con la fe por la que caminó y fue motivado*. La fe de Jesús en la palabra de promesa de Dios se convierte en nuestra fe en *la misma* promesa del Evangelio. El Evangelio de Pablo fue su predicación de la fe de Jesús, el anuncio evangélico de Jesús del Reino de Dios explicado a la luz de los hechos de la muerte y resurrección de Jesús. La única manera de

ser justo ante el Padre es honrar la fe de Su Hijo, es decir, creer en la Buena Nueva del Reino venidero de Dios en el que él creía. Esto es creer en Jesús. Esto es ser de la fe de Abraham, ser un verdadero hijo/hija de Dios. Es tener la fe de Abraham que recomendó Pablo.

Los verdaderos descendientes de Abraham, Isaac y Jacob son los que agradan a Dios al creer Su palabra de la promesa. Los descendientes de carne y sangre de Abraham, los judíos, hasta el día de hoy en su mayoría no muestran que son de la fe de Abraham, porque rechazan al Mesías que Abraham esperaba. Fue la queja de Jesús que, aunque “*Abraham se regocijó al ver mi día; y lo vio y se alegró*”, no así sus contemporáneos (*Juan 8:56*). La raza prometida de los descendientes de Abraham hoy proviene del resto del mundo. Dios “*para tomar de entre ellos un pueblo para su nombre*” (*Hechos 15:14*). El misterio del NT “*En otras generaciones, no se dio a conocer … como ha sido revelado ahora a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu*... [es] *que en Cristo Jesús los gentiles son coherederos,* ***incorporados en el mismo cuerpo y copartícipes de la promesa por medio del evangelio***” (*Efesios 3:3-6)*. Aquellos “*sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham*” son los herederos de las promesas hechas (*Romanos 4:12*). Hoy entonces, la promesa viene por la fe por gracia (y no según la antigua Ley) “*a fin de que sea según la gracia, para que* ***la promesa*** *sea firme para toda su descendencia … que es de la fe* ***de*** *Abraham, quien es padre de todos nosotros*” (*Romanos 4:16*). Cuando un nuevo creyente es bautizado en Cristo, él/ella se convierte en “*descendiente de Abraham*, [un] *heredero según la promesa*” (*Gálatas 3:29*). La misión de Cristo no era redimir “*sólo a la nación* [de Israel], *sino también reunir en uno a los hijos de Dios que están dispersos*” (*Juan 11:52*).

Hablando del día futuro en que se reunirá esta gran multitud, Jesús prometió:

> “*Y os digo que muchos vendrán del oriente y del occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos* (*Mateo 8:11*).

Cuando Cristo regrese a la tierra, Abraham verá en su cuerpo resucitado el cumplimiento literal de la promesa que Dios le hizo hace mucho tiempo. Verá a su descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo o el polvo de la tierra. Los muertos de todas las generaciones que son de su fe estarán en ese Reino. “*Después de esto miré, y he aquí una gran multitud de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas*” (*Apocalipsis 7:9*). Los descendientes reales de Abraham heredarán por fin el prometido Reino de Dios.

Que Jesús será el rey de este Reino también es una parte clave de esta promesa. Porque la promesa que Dios le hizo a Abraham recibió un mayor refinamiento cuando Dios profetizó a David que uno de sus descendientes se sentaría en su trono para siempre. David tendría un heredero real para que su dinastía nunca terminara. Que Jesús es el heredero prometido al trono davídico está claro. El ángel Gabriel anunció a la virgen María:

> “*He aquí concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará* ***el trono de su padre David****. Reinará sobre* ***la casa de Jacob*** *para siempre, y de* ***su reino no habrá fin***” (*Lucas 1:31-33*).

El ángel Gabriel es muy preciso en la elección de las palabras aquí. No dice que Cristo ha de reinar sobre “Israel” sino sobre “Jacob”, es decir, sobre los descendientes literales de carne y sangre de Abraham, la misma raza sobre la que había reinado David. Si nos hubieran dicho que Cristo reinaría sobre la casa de “Israel”, muchos se habrían sentido aún más inclinados a decir que significaba un reinado “espiritual” en los corazones de un Israel “espiritual”. Pero el ángel anuncia que el Reino de Cristo será un Reino judío literal sobre la casa de Jacob en el trono literal de David. La fuerza de esto se destaca cuando lo comparamos con *1 Reyes 2*: “*Salomón se sentó en* ***el trono de su padre David****, y su reino fue firmemente establecido*” (*versículo 12*).

Si la Biblia significa que Salomón se sentó en el trono literal de su padre David, ¿por qué no debería significar un reinado literal para Cristo, quien también se sentará "en el trono de David su padre" en *Lucas 1:32*? Esto se basó en un acuerdo de pacto que Dios hizo con el rey David:

> "*Cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo levantaré después de ti a un descendiente tuyo, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré* ***su reino****. El edificará una casa a mi nombre, y yo estableceré* ***el trono de su reino para siempre****… Tu casa y tu reino serán firmes para siempre delante de mí, y* ***tu trono*** *será estable para siempre*" (*2 Samuel 7:12-16*; ver también *1 Crónicas 17:11-14*).

Está claro que *el trono de Israel era sinónimo del Reino de Dios*. Todo rey de Israel y de Judá sabía que su trono le había sido otorgado por designación divina. Gobernó en nombre de Dios. Resistir al rey era oponerse a Dios:

> "*¿No sabéis vosotros que Jehovah Dios de Israel dio a David el reinado sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, mediante un pacto de sal? Y ahora vosotros tratáis de resistir* ***al reinado de Jehovah*** *que está en manos de los hijos de David*" (*2 Crónicas 13:5, 8*).

Cuando la reina de Saba vio la gloria del reino de Salomón se regocijó:

> "*¡Bendito sea Jehovah tu Dios, que se agradó de ti para ponerte en su trono como rey para Jehovah tu Dios! Porque tu Dios ama a Israel para hacerlo firme para siempre,* ***te ha constituido como su rey****, a fin de que practiques el derecho y la justicia*" (*2 Crónicas 9:8*).
>
> "*Así se sentó Salomón* ***como rey en el trono de Jehovah****, en lugar de su padre David*" (*1 Crónicas 29:23*).
>
> El Reino de Dios, entonces, es un imperio gobernado por el rey de Israel entronizado en Jerusalén. Esta definición arrojará mucha luz sobre lo que Jesús quiso decir con las Buenas Nuevas sobre el Reino de Dios. El término hebreo "reino del Señor" reaparece en *Apocalipsis 11:15* donde, al sonar la séptima trompeta, el poder de los estados políticos actuales será transferido porque "*El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo.* **[51]**

Por lo tanto, cuando hablamos de "*las promesas a los padres*" debemos entender que la Biblia hebrea está llena de la creencia persistente de los profetas de que en un día glorioso en el futuro Dios establecerá Su Reino en la tierra para ser administrado bajo un simplemente rey davídico, el Señor Mesías. Cuando Jesús vino "*predicando el evangelio de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!*" (*Marcos 1:14, 15*), estos eran sus términos de referencia. Y podemos entender que todo judío pensaría inmediatamente que las promesas a Abraham y David estaban a punto de cumplirse. ¡Había llegado el umbral del glorioso futuro prometido de Israel!

2. La Tierra Prometida

El segundo elemento clave de la promesa hecha a los padres judíos tiene que ver con la tierra de Palestina. A Abraham se le prometió "*toda la tierra de Canaán*" en la que caminó (*Génesis 17:8*). Que Abraham nunca poseyó esta Tierra Prometida está claro porque tuvo que comprar un terreno incluso para enterrar a sus muertos (*Génesis 23:4*). Abraham era sólo un "extranjero" en la tierra prometida, "*Por la fe*

[51] *Ibidem*, pág. 54.

habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, viviendo en tiendas con Isaac y Jacob” (*Hebreos 11:9*). Esteban dice: Dios “*Pero no le dio heredad en ella, ni siquiera para asentar su pie; aunque prometió darla en posesión a él y a su descendencia después de él, aun cuando él no tenía hijo*” (*Hechos 7:5*). Está claro, entonces, que Abraham nunca entró en el disfrute de la Tierra Prometida. Para Abraham esa promesa aún no se ha cumplido. Ciertamente Abraham tuvo todas las oportunidades para regresar a su país natal, Ur de los Caldeos. Todas las apariencias estaban en su contra. Podría haber regresado diciendo: “Soy el responsable de todo este deambular. Estoy harto de todas las moscas y el polvo de estas tiendas”. Cuando quedó claro que la promesa de Dios aún estaba en el futuro, la tentación de rendirse con disgusto debe haber sido grande en ocasiones. Pero estos padres siguieron “*buscando la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios*” y por eso estaban convencidos de las promesas de Dios y “*Más bien, las miraron de lejos*” (*Hebreos 11:13*). Y sí, todos ellos murieron sin recibir las promesas.

Pero según el Evangelio de Jesús, los recibirán, porque “ha venido tu ira y el tiempo de juzgar a los muertos y de dar su galardón a tus siervos los profetas [Abraham, Isaac, Jacob et al fueron todos profetas] *y a los santos* [creyentes de todos los tiempos] *y a los que temen tu nombre*” (*Apocalipsis 11:18*). Este será el momento en que, como indica el contexto, “*El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo. El reinará por los siglos de los siglos*” (*versículo 15*). Es el momento en que el Mesías Jesús regresará “*para juzgar a los vivos y a los muertos*” *tanto* “*por su manifestación como por su reino*” (*2 Timoteo 4:1*). De ahí la promesa de Jesús a los fariseos incrédulos:

> “*Allí habrá llanto y crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y a vosotros echados fuera. Vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur; y se sentarán a la mesa en el reino de Dios*” (*Lucas 13:28, 29*).

Si hay alguna duda de que esto será en la Tierra Prometida en esta misma tierra, entonces lea nuevamente:

> “*Jehovah poseerá a Judá como su heredad en **la tierra santa**, y de nuevo escogerá a **Jerusalén***” (*Zacarías 2:12*).
>
> “*En aquel día, dice Jehovah, juntaré a la oveja que cojea y recogeré a la rechazada*... [y los haré] *una nación poderosa. Y Jehovah reinará sobre ellos en el **monte Sion**, desde ahora y para siempre*” (Miqueas 4:6, 7).
>
> “*yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y me acordaré de mi pacto con Isaac y de mi pacto con Abraham; y me acordaré de **la tierra***” (*Levítico 26:42*).
>
> “*Ciertamente JEHOVAH consolará a **Sion**; él consolará todas sus ruinas. Convertirá su desierto en Edén y su región árida en huerto de Jehovah. Alegría y gozo habrá en ella, acciones de gracias y sonido de cánticos*” (*Isaías 51:3*).

Un rápido vistazo a algunos de los muchos versículos que podrían citarse muestra que el NT dice que estas promesas *sólo se cumplirán cuando Cristo regrese del cielo* y resucite a los fieles muertos para que vivan para siempre en la tierra prometida de Dios, bajo su Mesías ungido. El NT afirma que estas promesas aún están por cumplirse, aunque Cristo ya vino la primera vez. Él “*La segunda vez, ya sin relación con el pecado, aparecerá para salvación a los que le esperan*” (*Hebreos 9:28*). De esta manera, todas las naciones de la tierra serán bendecidas, según las promesas hechas a “los padres”. Al separar a Jesús de “*las promesas hechas a los padres*”, arrancamos el corazón mismo del Evangelio del Reino que predicó y por el que murió. En el proceso nos privamos de cualquier interés personal en estas promesas. Estas promesas hechas a los padres son el fundamento del ministerio de Jesús y la salvación que ahora ofrece. La misión de Cristo era “*confirmar las promesas hechas a los patriarcas*”. Está en juego el honor de Dios, su verdad misma, como enseña *Romanos 15:8*.

Me encanta la forma en que *John R. Rice* ilustra esta verdad. Lamenta que cuando era niño en la Escuela Dominical le enseñaron que, en la Segunda Venida de Cristo, este planeta Tierra sería quemado, destruido y desaparecería. ¡Le enseñaron que después de un juicio general de toda la humanidad, los no salvos serían enviados al infierno eterno y los redimidos flotarían y cantarían y tocarían sus arpas en una ciudad dorada suspendida en el espacio en la “Hermosa Isla de algún lugar”! También lamenta que más tarde, cuando fue al seminario teológico, esta noción sólo se fortaleció. Si los mansos alguna vez heredaran la tierra, tendrían que hacerlo en esta vida. ¡Porque todas las promesas a Israel realmente significaban la Iglesia, y las promesas a Jerusalén y al Monte Sión realmente significaban el cielo! Se le enseñó que la edad de oro cuando las espadas se convertirán en rejas de arado y las lanzas en hoces (*Isaías 2:4; Miqueas 4:3*) y cuando la tierra estará llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren el mar. (*Isaías 11:9*), se lograría cuando la Iglesia predicara el Evangelio y estableciera una nueva sociedad con sus propios esfuerzos. Pero *Rice* dice que cuando comenzó a estudiar los escritos proféticos de la Biblia “aprendió que Dios había prometido traer a los israelitas de regreso a su tierra para poseerla para siempre, que el cielo, entonces, debe estar en esta tierra”. Continúa en su “*The Coming Kingdom of Christ*” (El Reino Venidero de Cristo) con una sección subtitulada “*If God Set Out to Destroy This World*” (Si Dios se propusiera destruir este mundo”. Ilustra la total imposibilidad de que Dios alguna vez olvide sus promesas a Abraham de esta manera:

> Imaginemos que para complacer a todos aquellos... que han ignorado en gran medida las porciones proféticas de la Biblia, el Señor debería prepararse para quemar y destruir por completo este planeta o la Tierra. Supongamos que, como muchos dicen, las profecías son altamente figurativas de todos modos y que estudiarlas, enseñarlas o predicarlas es en gran medida especulación, y por eso el Señor se prepara para encender la cerilla o decir la palabra que destruirá por completo todo este planeta. ¡Qué multitud se reúne, imaginemos, para contemplar ese gran acontecimiento! ¡Pero espera! Veo a un anciano que camina como un rey y que se adelanta para interrumpir la ceremonia. Su rostro tiene una expresión de autoridad y su voz es audaz cuando clama: “Espera, Señor; ¡No puedes destruir mi propiedad!
>
> “Me imagino que el Señor podría decir: “Este hombre es amigo mío; escuchemos lo que tiene que decir. Habla, amigo, díselo a la gente. ¿Cuál es su nombre? ¿A qué posesión se refiere? ¿Qué título tiene sobre la propiedad?”
>
> “¡Mi nombre”, dice el venerable patriarca, “¡es Abraham! Desde Ur de los caldeos vine por orden tuya. A Canaán vine y a la tierra que me diste, enseñándome por la fe a saber que después la heredaría. A Isaac y a Jacob les hiciste las mismas promesas, y todos nuestros días, aunque ricos en oro y plata, ganado y sirvientes, vivimos como extranjeros y peregrinos en tiendas, esperando pacientemente hasta heredar y poseer para siempre nuestra propia tierra. Este rollo que tengo en la mano, oh, Señor Dios, es una escritura escrita para la tierra de Canaán, llamada por su nombre y firmada por Ti mismo. Es un título de garantía que nos garantiza a mí y a mis hijos fieles después de mí – los hijos de la promesa – la posesión de la tierra para siempre. Puedes quemar, si quieres, las malas hierbas, las espinas y los cardos. Destruye, si quieres, todos los gérmenes de enfermedades y plagas de insectos que han aumentado la maldición sobre la tierra debido al pecado del hombre a lo largo de los siglos. Oh, Señor, puedes sacudir y quemar las ciudades, porque busco otra ciudad que tenga cimientos, cuyo constructor y hacedor sea Dios. Los elementos podrán derretirse con el calor ferviente, pero la tierra es mía; a mí me lo diste con la promesa de que lo heredaría con mi simiente. ¿No hará lo correcto el Juez de toda la tierra?”.

> Si Dios quisiera agradar a los ignorantes y a los burladores con respecto a sus profecías, ¿cómo enfrentaría a Abraham?
>
> La escritura que tiene Abraham es la Biblia. **[52]**

John Rice describe la cuestión que está en juego aquí con un lenguaje hermoso y conmovedor. Continúa diciendo que las Escrituras enseñan que “*Entonces los cielos pasarán con grande estruendo; los elementos, ardiendo, serán deshechos, y la tierra y las obras que están en ella serán consumidas*” (*2 Pedro 3:10*). Pero el mismo capítulo explica que ese será un juicio como el diluvio. *2 Pedro 3:6, 7* dice:

> “*Por esto el mundo de entonces fue destruido, inundado en agua. Pero por la misma palabra, los cielos y la tierra que ahora existen están reservados para el fuego, guardados hasta el día del juicio y de la destrucción de los hombres impíos*” (*2 Pedro 3:6, 7*).

El mundo una vez “pereció” en el diluvio. La tierra aún quedará “desnuda” en el día del juicio venidero. Pero, así como la tierra reapareció de las aguas del diluvio, para ser repoblada, repoblada y replantada, así de una manera mucho mayor este planeta, purificado de plagas, enfermedades y las marcas del pecado por el fuego literal de la ira de Dios, será plantado nuevamente como el Jardín del Edén. Este planeta nunca será eliminado por completo; nunca puede dejar de serlo. Los fuegos del juicio limpiarán esta tierra, pero no dejará de existir. Seguirá siendo el hogar del pueblo de Dios por la eternidad. ¡Canaán será en verdad posesión de Abraham y su descendencia, y en ese tiempo la poseerán para siempre! **[53]** O, si se me permite tomar prestadas las palabras de otro, “Si el trono de David no reapareciera en Israel, con el Mesías como Rey, toda la revelación del AT se disolvería en una leyenda piadosa, si no en un fraude”. **[54]**

Podemos considerar positivamente, entonces, que hay una doctrina bien definida en el AT y en el NT de que debe aparecer un gran descendiente de David que reinará en el trono de David en Jerusalén, y la monarquía de David en Palestina será restaurada. nuevamente en un Reino eterno en la tierra. *George Ladd* dice:

> La esperanza profética verdaderamente hebraica espera que el Reino surja de la historia y sea gobernado por un descendiente de David en un entorno terrenal... Siempre implica una irrupción de Dios en la historia... El Reino es siempre una esperanza terrenal, aunque una tierra redimida de la maldición del mal... “El Reino de Dios” es un término integral para todo lo que incluía la salvación mesiánica. **[55]**

O, como dice *John Rice*:

> Todas las promesas y profecías incumplidas de la Biblia se centran en una tierra, una raza y un trono. Estos tres, el trono de David, sobre el pueblo de Israel, en la tierra de Canaán, forman el triple centro de toda profecía. Quien comprende el pacto de Dios con Abraham acerca de la tierra de Canaán, su pacto con Israel acerca de su restauración y conversión, y el pacto con David acerca de su trono, tiene el corazón y

---

[52] *John R. Rice*, “*The Coming Kingdom of Christ*” (El Reino Venidero de Cristo), Murfreesboro, TN: “*Sword of the Lord*” (Espada del Señor), 1945, págs. 28-30.

[53] *Ibídem*, pág. 30.

[54] *Anthony Buzzard*, “*The Coming Kingdom of the Messiah*” (El Reino Venidero del Mesías), pág. 21.

[55] *G.E. Ladd*, “*A Theology of the New Testament*” (Una Teología del Nuevo Testamento), pág. 61.

> el centro de las profecías. Casi tan prominente en las profecías como estas tres es la ciudad de Jerusalén. **[56]**

Comenzamos esta subsección diciendo que la rúbrica sobre el NT es que Jesús es "*el hijo de David, el hijo de Abraham*" (*Mateo 1:1*). También notamos que la última confesión de Jesús acerca de su identidad en el NT es que él es "*la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana*" (*Apocalipsis 22:16*). Mientras tanto, hemos demostrado que todo el ministerio y el mensaje de Jesús tenían como objetivo confirmar las promesas hechas a "los padres". Es apropiado antes de pasar a la siguiente sección tomarse un momento de reflexión y adoración a nuestro Señor. Todo se resume en esta última confesión de *Apocalipsis 22*. Estas son las palabras de nuestro exaltado Señor Jesús. Dice dos cosas sobre sí mismo. Primero, es descendiente de David y segundo, está simbolizado por la estrella de la mañana.

Como descendiente de David, Jesús es el heredero de todas las promesas que Dios le hizo a David. Él es del linaje real davídico, el Mesías. A la diestra de Dios, él sigue siendo el hijo de David, "la descendencia de David". Él es un ser humano. Sí, ha tenido lugar una resurrección/glorificación, una coronación. Pero no una transmutación. Él no ha sido cambiado de una naturaleza a otra, de la humanidad a la Deidad. Como hijo de David, está destinado a sentarse en el trono de su padre David (*Lucas 1:32; Apocalipsis 3:21*). Pedro recordó a sus oyentes que Dios ha determinado "*con juramento que se sentaría sobre su trono uno de su descendencia* [de David]" (*Hechos 2:30*). Mientras tanto, el Señor Mesías de David está sentado a "la diestra del Señor [Yahweh] esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies" (*Salmo 110:1; Hechos 2:34, 35*).

La segunda descripción de Jesús aquí al final del NT es "*la estrella resplandeciente de la mañana*". Él es quien anuncia el amanecer del nuevo día, de la nueva era. Como "estrella" cumple la profecía: "*Saldrá una estrella de Jacob*" (*Números 24:17*). Como estrella "brillante", vendrá en grande y resplandeciente gloria, trayendo una nueva era de glorificación para todos los que buscan su luz, porque "*seremos como él, porque lo veremos tal como él es*" (*1 Juan 3:2; Daniel 12:3*). Por último, como estrella "de la mañana" es el introductor de la aurora, la aurora del Reino de Dios. Como ungido de Dios, él y sólo él está calificado para traer este mundo a esa Nueva Era. Qué resumen tan apropiado para el mensaje del Evangelio del NT: Jesús, el hijo de David, el hijo de Abraham, nuestra "brillante estrella de la mañana". Bendito sea su Nombre por siempre.

Inminencia

Una de las dificultades que enfrenta nuestra mente occidental es el lenguaje que usó Jesús cuando habló de la venida del Reino. Jesús abrió su ministerio con el anuncio de que el Reino estaba "cerca". La impresión que se da es que el Reino iba a aparecer en cualquier momento. Una vez Jesús incluso dijo a sus discípulos: "*Y cuando os persigan en una ciudad, huid a la otra. Porque de cierto os digo que de ningún modo acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre*" (*Mateo 10:23*). A nuestros oídos esto suena como si Jesús realmente esperara regresar para traer el Reino de Dios antes de que pasara la primera generación de cristianos.

Esto ha hecho que muchos comentaristas crean que Jesús estaba equivocado en su esperanza de un Reino literal de Dios en la tierra, o que su mensaje debe tomarse en un sentido espiritual, es decir, que después del día de Pentecostés traería el Reino a la tierra. los corazones de los hombres enviando el Espíritu Santo. ¿Quizás, después de todo, Agustín tenía razón al creer que el Reino es la Iglesia, regida por el Espíritu de Dios? De lo contrario, el Reino no puede haber estado "cerca", porque desde entonces han transcurrido más de 2.000 años y Jesús aún no ha aparecido. Tenemos el aparente absurdo de que Jesús creyera que los discípulos todavía debían estar recorriendo la tierra de Israel hasta el día de hoy y predicando el Evangelio. Si, por el contrario, sostenemos que el Reino de Dios que Jesús proclamó es la irrupción escatológica de Dios en el fin de este mundo, ¿en qué sentido estaba "cerca" cuando Jesús habló? Ante estas aparentes

[56] *J.R. Rice*, "*The Coming Kingdom of Christ*" (El Reino Venidero de Cristo), pág. 60

dificultades, la Iglesia alteró radicalmente el mensaje del Evangelio del Reino enseñado por Jesús y sus apóstoles. Según esta teoría revisada, el Reino no puede ser una restauración futura de Israel en una tierra renovada gobernada por el Mesías y sus consiervos.

La solución radica en comprender el concepto judío de “inminencia”. Ya hemos notado ese estilo de hablar muy hebreo llamado “pasado profético”. Es decir, cuando Dios decreta que algo suceda, los judíos podrían hablar de ello como si ya hubiera sucedido. A aquellas cosas que aún no están en la historia, Dios las llama como si ya lo estuvieran (*Romanos 4:17*). El concepto de inmediatez está aliado a esta forma de pensar. La inmediatez es un recurso de la profecía del AT mediante el cual se habla de inminente de un evento predicho que seguramente ocurrirá. Está bastante claro que Jesús mismo no sabía cuándo iba a llegar realmente el Reino. Dijo claramente que no sabía el día ni la hora. Sólo su Padre en el cielo conocía este detalle (ver Marcos 13:32). Aunque Jesús no sabía el día ni la hora, y aunque los apóstoles tampoco lo sabían, lo que sí saben es que *el Reino de Dios vendrá; es una certeza absoluta*. Por eso pueden hablar de ello como si estuviera en el horizonte.

Pero esto todavía no resuelve nuestra dificultad con respecto a las instrucciones de Jesús a los discípulos de seguir moviéndose por los pueblos y ciudades de Palestina “hasta que venga el Hijo del Hombre” en su poder. Una vez más, el problema se soluciona cuando entendemos que:

> en el típico estilo hebreo, se dirige a los Apóstoles como representantes de una predicación del Evangelio del Reino de los últimos tiempos en las ciudades de Israel. Hablando a los once Apóstoles, después de su propia resurrección, Jesús prometió: “*Estaré con vosotros hasta el fin del mundo*” (*Mateo 28:20*). La promesa incorpora a todos aquellos “descendientes” de los Apóstoles, es decir, discípulos de Jesús que emprenden la obra de predicar el Reino hasta el fin de los tiempos, el regreso de Jesús. **[57]**

Simplemente no servirá, entonces, erradicar la predicación de Jesús sobre el Reino de Dios como un reinado aún futuro del Mesías en la Tierra al final de esta era presente. Debemos entender la forma hebrea en que hablaba y enseñaba. Es un hecho simple que “las referencias al Reino como futuro superan en aproximadamente 20 a 1 el pequeño número de declaraciones en las que se dice que el Reino está, en un sentido diferente, presente”. **[58]**

¿Una Pregunta Equivocada?

Cierto profesor de un instituto bíblico acababa de predicar un sermón completo sobre *Hechos 1*. Todos en la congregación parecían muy impresionados y satisfechos con el enfoque moderno y contemporáneo que había adoptado este erudito. Pero me senté allí sintiendo que había disfrutado las verduras, pero quería un bistec para acompañarlas. ¿Dónde estaba la carne, la sustancia, la proteína? Decidí acercarme al orador del instituto bíblico y educadamente hacerle la pregunta que tenía en mente. Después de felicitarlo (siempre es una forma cortés de comenzar), le dije: “Omitiste el *versículo 6* en tu sermón. Los discípulos le preguntaron a Jesús: “*Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?*” ¿Qué opinas de su pregunta? La respuesta que me dieron no me sorprendió. Es lo que a mí mismo me enseñaron en el Instituto Bíblico. Es lo que dicen la mayoría de los expositores y comentaristas. Su respuesta fue: “Los discípulos todavía no lo entendieron, ¿verdad? Sus mentes todavía estaban atrapadas en esa vieja idea judía de que Jesús vino para derrotar a los enemigos de Israel y establecer un imperio político donde Israel, a través de su Mesías, gobernaría el mundo. La pregunta de los discípulos muestra cuán torpes y lentos eran. Fue una pregunta equivocada. Debe haber frustrado mucho a Jesús”.

---

[57] *Anthony Buzzard*, “*Focus on the Kingdom*” (Enfocados en El Reino), vol. 7, no. 5, pág. 4.

[58] *Ibidem*, pág. 6.

Quizás no haya otro versículo en el NT que haya sido más incomprendido que *Hechos 1:6*. Preparemos el escenario. El Señor Jesús ha resucitado de entre los muertos. “*Con muchas pruebas convincentes*” ha demostrado a los discípulos que realmente está vivo. Pero pronto los dejará para siempre. Será llevado al cielo. Sin duda, estos cuarenta días entre la resurrección y la ascensión de Jesús fueron muy valiosos para los discípulos. Lucas resume el tema final de la conversación entre los discípulos y el Señor Jesús. Si lo leo correctamente, en realidad sólo había un tema principal en la agenda de Jesús durante todo ese período posterior a la resurrección. Jesús estaba “***hablando del reino de Dios***” (*versículo 3*). ¡Esta es precisamente la misma carga y tema que había ocupado todo su ministerio de pre-crucifixión!

Uno tiene que preguntarse: dado que Jesús siempre estaba “hablando de las cosas concernientes al reino de Dios” – incluso después de su resurrección – ¿por qué ha persistido la creencia de que los discípulos fueron torpes y lentos para hacer su pregunta en el *versículo 6*? El reformador *Juan Calvino* es típico de una exposición inepta del Evangelio. ¡Sorprendentemente *Calvino* dijo que esta pregunta de los discípulos tiene más errores que palabras! *Calvino* sostuvo que su ceguera era notable, que después de una cuidadosa instrucción durante tres años, ¡revelaron no menos ignorancia que si nunca hubieran escuchado una palabra! *William Barclay* coincide con este sentimiento:

> A lo largo de su ministerio Jesús trabajó bajo una gran desventaja. El centro de su mensaje era el Reino de Dios (*Marcos 1:14*). Pero el problema era que él quería decir una cosa con el Reino y aquellos que lo escuchaban querían decir otra muy distinta... Ellos interpretaron que eso significaba que estaban inevitablemente destinados a honores y privilegios especiales y a dominio mundial... Buscaron un día en que por intervención divina la soberanía mundial que soñaban sería suya. Concebían el Reino en términos políticos. ¿Cómo lo concibió Jesús? [*Barclay* ahora dará su propio entendimiento basado en la petición del Padrenuestro: “*Venga tu reino; Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*”] Vemos que, por Reino, Jesús se refería a una sociedad en la tierra donde la voluntad de Dios se haría tan perfectamente como en el cielo. **[59]**

Aquí *Barclay* ha dicho una verdad parcial. El Reino ciertamente será una sociedad en la Tierra, pero igualmente será una sociedad introducida por el regreso de Jesús para gobernar el mundo con su pueblo de todas las edades. *Barclay* comete el clásico error de equiparar el Reino con la Iglesia. En otro lugar, *Barclay* afirma inequívocamente: “El único trono que él [Jesús] podría ocupar alguna vez fue un trono en los corazones de los hombres”. **[60]** Este es el típico pensamiento tradicional. La idea de que el Reino de Dios es meramente “espiritual” y que dondequiera que se encuentre el pueblo de Dios “trabajando en la causa de la hermandad humana, el amor y la compasión, allí está entronizado el Rey de los judíos” es omnipresente y destructiva del Evangelio del Reino Jesús predicó. **[61]** El comentario de Mathew Henry también sigue este patrón tradicional. Según Enrique, los discípulos “pensaron que Cristo *restauraría el reino a Israel*, mientras que Cristo (en realidad) vino para establecer su propio reino, y que un reino de los cielos, no para *restaurar el reino* a Israel, un reino terrenal”. **[62]**

---

[59] *William Barclay*, “*The Acts of the Apostles*” (Los Hechos de los Apóstoles), Edimburgo: Saint Andrew Press, 1953, págs. 3-4.

[60] *William Barclay*, “*Jesus as They Saw Him*” (Jesús tal como lo vieron), pág. 243.

[61] *Schonfield,* “*The Passover Plot”* (El Complot de la Pascua), pág. 206.

[62] *Matthew Henry*, “*Commentary on the Whole Bible, Genesis to Revelation*” (Comentarios sobre la Biblia Entera, desde Génesis hasta Apocalipsis), Londres: Marshall, Morgan & Scott, 1960, pág. 435, énfasis original.

Muchos comentaristas y cristianos han sido engañados durante siglos acerca de la naturaleza del Reino de Dios por la bien conocida traducción errónea de *Lucas 17:21* (**Traducción VKJ**): “*el Reino de Dios está **dentro** de vosotros*”. Hoy en día todos los eruditos y traductores serios están de acuerdo en que el texto debería decir: “*El reino de Dios está entre vosotros o en medio de vosotros*”. La palabra griega “*entos*” puede significar “dentro”, o “entre”, pero en el contexto actual traducirla “entre” significaría que en respuesta a la pregunta de los fariseos sobre cuándo vendría el Reino de Dios (*Lucas 17:20*), Jesús ¡les dijo que el Reino de Dios estaba en medio de ellos! Esto contradeciría todo lo que Jesús alguna vez dijo sobre el Reino o sobre los fariseos. Además, dado que cualquier otra referencia al Reino presupone que aún está por venir y dado que el verbo en cada otra cláusula del pasaje (*Lucas 17:20-37*) está en tiempo futuro, se debe entender que este versículo significa que uno día descubrirán que el Reino de Dios está repentina e inesperadamente entre ellos. **[63]**

Este concepto falso de que el Reino de Dios era el reino de Dios “dentro del corazón del creyente” surgió históricamente del hecho de que la Iglesia tuvo que enfrentar desde el principio el grave problema del aplazamiento de sus expectativas terrenales. Claramente, el Reino de Dios a través de Su Mesías no había llegado a la Tierra en su forma final. ¿Quizás entonces Jesús se había equivocado en su esperanza mesiánica? ¿Quizás todo lo que Jesús pretendía hacer era establecer su trono en los corazones de los hombres? De manera bastante poco convincente y, poco convincente, la Iglesia “espiritualizó” a su Jesús y su mensaje fue despojado de su contenido mesiánico. Sin embargo, la suposición de que los discípulos de Jesús, instruidos personalmente, no sabían lo que significaba el Reino de Dios se basa en una incapacidad para comprender el mesianismo del Evangelio de Jesús y una pobre exégesis de *Hechos 1*. Señala el rechazo y la incapacidad de la Iglesia para comprender el mensaje de todos los profetas de Israel. También tergiversa el mensaje predicado constantemente por los apóstoles a lo largo del libro de los Hechos, como mostraré ahora.

Primero, fijemos firmemente en nuestras mentes que *Hechos 1:6* registra la última pregunta de los discípulos a Jesús antes de que se lo quitaran de ellos. Ya no hay tiempo para charlas tranquilas junto al mar. Cuando alguien a quien amamos muchísimo está a punto de dejarnos para siempre, no hay charlas ociosas. Todo el programa de Jesús está en juego aquí, con este puñado de hombres seleccionados que han estado con él desde el principio. El tema en discusión (solo para subrayar nuevamente el contexto) es “*lo concerniente al reino de Dios*” (*versículo 3*). Al mismo tiempo (nótese la conjunción “y” en el *versículo 4*) Jesús ordena a los discípulos que esperen el Espíritu Santo prometido. Para la mente hebrea, la mención de la venida del Espíritu estaba asociada con la venida de la gloria mesiánica profetizada en el AT. Muchos pasajes de la Biblia hebrea predijeron que cuando el Mesías establezca su Reino terrenal, esa Era será una era del Espíritu del Señor. Esa Era gloriosa estará marcada por un derramamiento sin precedentes del Espíritu, el conocimiento y el poder del Señor. Esa era del Reino del Espíritu estará marcada por la renovación de toda la naturaleza y la bendición de Israel (por ejemplo, *Isaías 11:1-9*). En la mente judía, el Reino de Dios era sinónimo del poder renovador del Espíritu. Entonces, cuando los discípulos escuchan que el Espíritu está a punto de venir, ¡sus antenas se activan inmediatamente! Hacen su pregunta *lógica*: “*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*” (*versículo 6*).

No perdamos de vista el punto ahora. Jesús sí da una advertencia, pero es una advertencia sólo sobre *el tiempo* de esa restauración esperada, no sobre *el hecho* de la restauración: “*7 Él les respondió: A vosotros no os toca saber ni los tiempos ni las ocasiones que el Padre dispuso por su propia autoridad. Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra.*” (*Hechos 1:7, 8*). Aquí tenemos en mente dos eventos distintos: la venida del Espíritu “*dentro de no muchos días*” (*versículos 5*) *y* la venida del Reino en un tiempo desconocido en el futuro (*versículos 6-7*). Empoderamiento para el ministerio por la venida del Espíritu (solo faltan unos días) y la venida del Reino para la renovación de todas las cosas en la tierra, en un momento que solo el Padre conoce. Por lo tanto, aquí tenemos en mente *dos tiempos* y eventos distintos,

[63] *Albert Nolan*, “*Jesus Before Christianity*” (Jesús antes del Cristianismo), págs. 46-47.

lo que demuestra más allá de toda sombra de duda que el Reino no vino en el día de Pentecostés. La venida del Espíritu en el día de Pentecostés fue el depósito, la señal, “*la prenda de nuestra herencia*” (*Efesios 1:14*) para ese Reino futuro. La venida del Espíritu nos permite vivir como testigos de Cristo *hasta* que la esperanza del Reino restaurado para Israel se haga realidad. Mientras tanto, la Iglesia debe anunciar “*el testimonio de Jesús*”, el Evangelio del Reino, y así hablar proféticamente con “*espíritu de la profecía*” (*Apocalipsis 19:10*).

La pregunta de los discípulos acerca de que Jesús ahora restaurará el Reino a Israel representa el *clímax* de la vida y el ministerio de Jesús. Lejos de ser idiotas, ¡sólo prueban cuán “gruesa” es la teología posterior cuando interpreta que el Reino es la era actual de la Iglesia! Equiparar la venida del Espíritu en el día de Pentecostés con el (todavía futuro) Reino de Dios ha arrancado el corazón del Evangelio del Reino de Jesús. Ha privado al pueblo de una brillante esperanza de futuro.

En el campo de la medicina, existe información anecdótica de que ocasionalmente después de someterse a un trasplante de corazón completo la personalidad de una persona puede cambiar. De vez en cuando escuché esto en mi trabajo como paramédico. Ahora que el corazón de otra persona late en el pecho del paciente, a veces los familiares se sorprenden de los cambios de personalidad. Paralelamente alegóricamente, la Iglesia, sin saberlo, se puso en la mesa de operaciones y aceptó un trasplante de corazón que alteró toda su personalidad, por así decirlo. En lugar de un corazón hebreo que late con la palpitante esperanza del venidero Reino de Dios bajo el Señor Mesías designado por Dios, ahora nos encontramos en un estado debilitado e insípido, drogados por un trasplante de corazón de un donante sustituto (gentil) que muestra todos los signos de ser rechazado. por su cuerpo. O, para usar la ilustración que usé al comienzo de este capítulo, ¡un evangelio de cuco – “otro evangelio” – se ha instalado en el nido!

Si se necesitan más pruebas de que los discípulos acertaron con su pregunta, sólo tenemos que leer el resto del libro de los Hechos para ver cuán prominente fue el lugar que jugó el Reino venidero de Dios en la predicación y el testimonio de los apóstoles. En *Hechos 3*, los apóstoles Pedro y Juan sanan milagrosamente a un cojo. El hombre que nació cojo ahora camina, salta y grita alabanzas a Dios. Esto crea un gran revuelo. Una multitud de curiosos se reúne y Pedro comienza a predicarles. Le dice a la multitud que el hombre ha sido sanado en el nombre de Jesús, el Jesús que fueron los responsables de crucificar. Pedro explica a la multitud que Jesús ha sido resucitado de entre los muertos por Dios y llevado al cielo, y está esperando el tiempo señalado para regresar a la tierra, exactamente como “*anunciado de antemano por boca de todos los profetas*” (*Hechos 3:18*). Pedro agrega que debido a que el Mesías Jesús ahora está en el cielo, las promesas de Dios para el Reino están garantizadas. De hecho, Pedro usa un lenguaje casi idéntico a la pregunta que los discípulos habían hecho antes de la ascensión de Jesús en *Hechos 1:6*:

> “*Por tanto, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados; de modo que de la presencia del Señor vengan* ***tiempos de refrigerio*** *y que él envíe al Cristo, a Jesús, quien os fue previamente designado. A él, además, el cielo le debía recibir hasta* ***los tiempos de la restauración de todas las cosas****, de las cuales habló Dios por boca de sus santos profetas desde tiempos antiguos*” (*Hechos 3:19-21*).

El lector atento observará la estrecha conexión entre estos versículos y la pregunta que los discípulos le hicieron a Jesús acerca de la restauración del trono davídico. Lucas, que escribió el Evangelio de Lucas y el libro de los Hechos, es muy coherente en este punto. El ángel Gabriel anunció a María antes de dar a luz a Jesús que “*Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de su padre David. Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y de su reino no habrá fin*” (Lucas 1:32, 33).

Está claro que para el *Dr. Lucas*, la restauración de Israel bajo el Mesías que aparece del cielo es sinónimo de la restauración del trono de David y la venida del Reino de Dios. *Anthony Buzzard* llama nuestra atención sobre las “frases intercambiables” de Lucas con este resumen:

> La llegada del Reino apocalíptico (*Lucas 21:31*) = la redención de los discípulos (*Lucas 21:28*) = la redención en Jerusalén (*Lucas 2:38*) = la redención de Israel (*Lucas 24:21*).
>
> El Reino futuro esperado (*Lucas 23:51*) = el consuelo esperado de Israel (*Lucas 2:25*).
>
> La restauración del Reino a Israel (*Hechos 1:6*) = los tiempos de la restauración de todo lo prometido por boca de los profetas (*Hechos 3:21*) = la restauración de la casa de David como se prometió por boca de los profetas (*Lucas 1:70*) = la entronización de Jesús en el trono de David del cual es heredero (*Lucas 1:32, 33*). **[64]**

Si el lector se toma el tiempo de comparar estas referencias, verá claramente que los grandes acontecimientos de los que habla Lucas respecto al trono de David y el esperado consuelo de Israel no se cumplieron cuando el Espíritu fue derramado en Pentecostés, y por lo tanto no se aplican a la Iglesia de este lado del regreso de Cristo. La ausencia de Jesús en el cielo es un interludio temporal pendiente del fin de esta era presente. “El anuncio inicial de Gabriel sobre la restauración del trono de David (*Lucas 1:32*) y la pregunta final de los discípulos sobre la restauración de Israel (*Hechos 1:6*) abarcan todo el relato de Lucas sobre la fe cristiana”. **[65]**

Un examen del contenido del Evangelio predicado en el libro de los Hechos demuestra también que los discípulos comprendieron que Jesús iba a regresar para cumplir todo lo que las Escrituras hebreas habían predicho acerca del Reino, de Israel y de la dinastía davídica del Señor Mesías. En *Hechos 8*, Felipe estaba conduciendo una campaña evangelística muy exitosa en Samaria. Leemos que “***anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo***” (*versículo 12*). Los apóstoles “*al oír que Samaria había recibido* ***la palabra de Dios***” (*versículo 14*). Aquí nuevamente observamos los términos sinónimos de Lucas. “El Reino de Dios” equivale a “la palabra de Dios”. Dondequiera que leamos que los apóstoles predicaron “la palabra” o proclamaron “el evangelio” o predicaron “el nombre de Jesús Mesías” (como más adelante en los *versículos 25 y 35*) debemos entender que Lucas quiere decir que predicaron “el Reino de Dios”. ”con todo su contenido hebreo. Este intercambio de términos se registra también en *Hechos 14*:

> “*Después de anunciar* ***el evangelio*** *y de hacer muchos discípulos en aquella ciudad, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía… Les decían: "Es preciso que a través de muchas tribulaciones entremos en* ***el reino de Dios****.... y después de predicar* ***la palabra*** *en Perge, descendieron a Atalia*” (*Hechos 14:21, 22, 25*).

Nuevamente:

> “*Durante unos tres meses, entrando en la sinagoga, Pablo predicaba con valentía discutiendo y persuadiendo acerca de las cosas del* ***reino de Dios****... Esto continuó por dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, tanto judíos como griegos, oyeron* ***la palabra del Señor***” (*Hechos 19:8, 10*).

Cuando el apóstol Pablo describe el ministerio de predicación que recibió del Señor Jesús “para testificar solemnemente del ***evangelio de la gracia de Dios***”, inmediatamente define este evangelio de gracia como “*predicación del reino*” (*Hechos 20:24, 25*). Y hasta el final de su vida, como se registra en los últimos capítulos de los Hechos, Pablo recuerda a su audiencia que siempre testificó sobre el Evangelio del “reino de Dios” e intentó persuadirlos acerca de Jesús como el centro del plan de Dios. y cómo el Mesías se ajustaba a todo lo que “la Ley de Moisés” y “los Profetas” habían predicho (*Hechos 28:23*). De hecho, este énfasis en el Reino de Dios está subrayado en el último versículo de Lucas: Pablo daba la bienvenida a

---

[64] *Anthony Buzzard*, “*Our Fathers Who Aren't in Heaven*” (Nuestros Padres que No Están en el Cielo,) pág. 189.

[65] *Ibidem*, pág. 190.

todos los que acudían a él, “*redicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo*” el Mesías (*Hechos 28:31*). Como comenta *George Ladd*: “Es de gran interés que Lucas resuma el contenido de la predicación de Pablo a los gentiles con la frase nada helenística de ‘el reino de Dios’.” **[66]**

Muchos han tratado de promover la idea de que Pablo predicó el Evangelio del Reino a los judíos y que no habló del Reino a los gentiles. Esta falacia se elimina fácilmente. Ya hemos observado cómo aplicó las promesas abrahámicas a todos los cristianos, ya fueran judíos o gentiles (por ejemplo, *Gálatas 3:14, 29*). Pablo advierte que todos los que no vivan en la fe, la pureza y el poder de ese Reino venidero “*no heredarán el reino de Dios*” (*Gálatas 5:21*). Uno de los grandes llamados de Pablo a la iglesia de Corinto, que se presentaba ante los tribunales civiles, fue preguntar retóricamente: “*¿No sabéis que los santos [verdaderos creyentes] deben gobernar el mundo? Si el mundo va a quedar bajo tu jurisdicción, ¿eres incompetente para decidir sobre nimiedades?*” (*1 Corintios 6:2, 3*, Moffat). Pablo se hizo eco de la enseñanza de Jesús de que estamos preparándonos para puestos de autoridad y gestión (comparar, “*coherederos con Cristo*”, *Romanos 8:17*) en el Reino venidero. Qué fuera de lugar entonces, dice Pablo, que estos cristianos no demuestren que eran aptos para este futuro cargo real en el Reino de Dios, al tratarse mal unos a otros. Tampoco debemos pasar por alto la conexión que el escritor de Hebreos (muchos creen que fue Pablo) hace entre la “gran salvación” prometida y la esperanza de supervisar la “futura tierra habitada” venidera (*Hebreos 2:3, 5*). No importa qué pruebas y sacrificios pueda sufrir el creyente en este presente mundo malvado, la esperanza apostólica siempre fue que “*Si perseveramos* [ahora]*, también reinaremos con él* [entonces]” (*2 Timoteo 2:12*). Y “*Porque nuestra momentánea y leve tribulación* [ahora] *produce para nosotros un eterno peso de gloria más que incomparable* [entonces]” (*2 Corintios 4:17*).

El testimonio unido de toda la predicación del Evangelio del NT son las buenas nuevas anunciadas a todos, judíos y gentiles, hombres y mujeres, acerca del Reino de Dios venidero. Se trata de cómo Jesús es el Señor Mesías prometido que hará realidad todas las promesas de Dios a “los padres”. Se trata de cómo el Hombre designado por Dios vendrá a destruir el control de Satanás sobre este mundo (*Hechos 17:31*), y cómo la Era Mesiánica Venidera será el momento en que el Espíritu del Señor traerá el prometido refrigerio y restauración de todas las cosas. en la tierra que los profetas habían hablado. Entonces, para Lucas, la pregunta de los discípulos en Hechos 1:6 era la pregunta correcta. La venida del Espíritu en Pentecostés les daría poder para proclamar el Reino venidero, cuando Jesús el Mesías se sentará en el trono davídico de Israel, y todas las naciones de la tierra estarán bajo su reinado de justicia y paz eterna.

> Cuando se disipe la nube de confusión sobre el Reino de Dios y cuando los comentaristas crean lo que dice el NT sobre el futuro, quedará claro que *Hechos 1:6* es un texto que juzga nuestra falta de fe en los profetas y en Jesús. y nuestra renuencia a aceptar que los Apóstoles sabían mejor que nosotros lo que Jesús quería decir con el Reino de Dios. **[[67]]**

Seguir a Jesús implica creer en lo que él creía, que juzgará a las naciones y establecerá su palacio real en Jerusalén. Creer en el Jesús del NT es estar persuadido y comprometido con el Reino que él presidirá. Que Dios nos dé a todos la gracia de compartir la misma esperanza apostólica de que “*nosotros por el Espíritu aguardamos por la fe la esperanza de la justicia*” (*Gálatas 5:5*) y que no estemos entre los que “***no** heredarán el reino de Dios*” (*Gálatas 5:21*). La fidelidad a su Evangelio del Reino en esta vida nos prepara para puestos de gobierno conjunto con el Rey Jesús (*Lucas 19:17*). Los apóstoles creyeron en su palabra del Evangelio: “*Yo, pues, dispongo para vosotros un reino, como mi Padre lo dispuso para mí; para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*” (*Lucas 22:29, 30*). Debemos creer la palabra del Evangelio de Jesús entregada por él y más tarde por sus apóstoles comisionados, para que cuando Jesús el Mesías regrese, nosotros también, si somos leales a él, ayudemos a administrar sus asuntos en una tierra renovada. Por su poder de resurrección entraremos

---

[66] *G.E. Ladd*, “*A Theology of the New Testament*” (Una Teología del Nuevo Testamento), pág. 333.

[67] *Anthony Buzzard*, “*Our Fathers Who Aren't in Heaven*” (Nuestros Padres Que No Están En El Cielo), pág. 196.

al disfrute de nuestra ciudadanía como hijos del Reino en cuerpos nuevos, que nunca mueren y nunca enferman (Filipenses 3:20, 21; Romanos 8:23), con todas las lágrimas enjugadas (Apocalipsis 21: 4).

El Evangelio cristiano nos dice que lo que la humanidad perdió a través de Adán lo recuperará en el Reino del Mesías. El Evangelio nos llama a cogobernar con Cristo el nuevo Paraíso en la tierra. Esto por sí solo responde a esa profunda sensación dentro del alma del hombre de que falta algo para lo que fue creado inicialmente. La gloria perdida será gloria restaurada. Originalmente creado para tener dignidad bajo Dios, originalmente creado para “sojuzgar” la tierra y gobernar este mundo con una gestión de amor y cuidado, el hombre perdió trágicamente su derecho a la realeza. El Evangelio del Reino de Dios anuncia que será plenamente restaurado. El gran plan de Dios prometido a Eva, Abraham y David avanza hacia esta gran meta. Finalmente será cumplido a través de nuestro Señor Jesús Mesías. La historia va hacia alguna parte. Cuando haya llegado la plenitud de los tiempos, Dios Padre, el único Dios verdadero de Jesús, va a resumir todas las cosas en Cristo, ya sean las que están en el cielo o las que están en la tierra (*Efesios 1:10*). El honor y la gloria suprema de Dios dependen de este Evangelio del Reino. En la venida de Cristo, todo gobierno y poder hostil será abolido bajo la jefatura de Jesús el Mesías. Después de mil años, nuestro bendito Señor y Salvador entregará el Reino a su Padre, “*para que Dios sea todo en todos*” (*1 Corintios 15:24-28*). Si esta esperanza de una Tierra renovada bajo el Rey universal de Dios, Jesús, no se hace realidad, entonces el gran pacto de Dios con Abraham y David habrá fracasado por completo. El Evangelio del Reino habrá resultado ser un gran engaño. Los “padres” y los profetas y los apóstoles habrán sido tontos engañados. Habrán muerto en vano. Nos han desviado. Dios es un mentiroso. Cristo es oscuridad. El diablo y el mal ganan. No hay justicia. No hay buenas noticias.

Pero no somos de los que no tienen esperanza. No estamos entre los que retroceden con incredulidad. ¡Cristo está vivo! ¡Cristo está vivo! “*He aquí, él viene en las nubes, y todo ojo le verá; aun los que le crucificaron verán al Rey y harán duelo*” (*Apocalipsis 1:7*). Incluso ahora podemos saborear los poderes de esa era venidera (*Hebreos 6:5*). Nosotros, con todos los fieles de todas las generaciones, buscamos ese Reino “*que no puede ser sacudido*” (*Hebreos 12:28*). Anticipamos el día en que del cielo se diga “*¡Ahora ha llegado la salvación y el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo!*” y cuando “*el acusador de nuestros hermanos*” (*Apocalipsis 12:10*), el que ahora engaña al todo el mundo, será atado “*para que no engañase más a las naciones*” (*Apocalipsis 20:3*).

Qué privilegio estar entre aquellos a quienes “*se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos*” (*Mateo 13:11*). Dios nos conceda a todos recibir y comprometernos inteligentemente con esta “palabra del Reino” para que el Diablo no nos robe la esperanza que Dios nos ha dado a todos a través de Su Hijo Jesucristo, nuestro Señor (*Mateo 13:19*).

¿Puedo repetir el sonoro desafío de *Anthony Buzzard* citado anteriormente en este capítulo? Este capta maravillosamente la invitación del Evangelio:

> El Evangelio tal como lo predicó Jesús te invita también a dedicar el resto de tu vida a prepararte para participar en la supervisión de ese futuro Reino en una tierra renovada. Estás invitado a ser coheredero del Reino con el Mesías. En resumen, el Jesús de la historia, el “teócrata” original, continúa su obra de reclutar miembros de su casa real, el partido teocrático, a quienes se insta a prepararse con ayuda divina para participar en el gobierno del Mesías en el futuro. Esta será la primera y única administración que gobernará el mundo con éxito. **[68]**

El desafío es claro. Como cristianos debemos volver al principio y buscar de nuevo en el contexto de la visión judía, que la Iglesia abandonó, los misterios del Reino de Dios. Como desafía *Schonfield*:

---

[68] *Anthony Buzzard*, “*The Coming Kingdom of the Messiah*” (El Reino Venidero del Mesías), pág. 7.

> Leyendo toneladas de teología cristiana moderna es difícil encontrar alguna conciencia de que el mesianismo que dio su nombre al cristianismo, el mesianismo en su expresión judía nativa pueda contener el secreto que podría dar a la Iglesia vida de entre los muertos. Debemos decir que o el mesianismo fue la esencia del Evangelio, o que el cristianismo desde sus inicios fue un fraude. Todo lo demás puede desaparecer, pero aquí está la roca sobre la que se iba a fundar el Reino de Dios. **[69]**

[69] *Hugh Schonfield*, “*Those Incredible Christians*” (Esos Increíbles Cristianos), pág. 239.